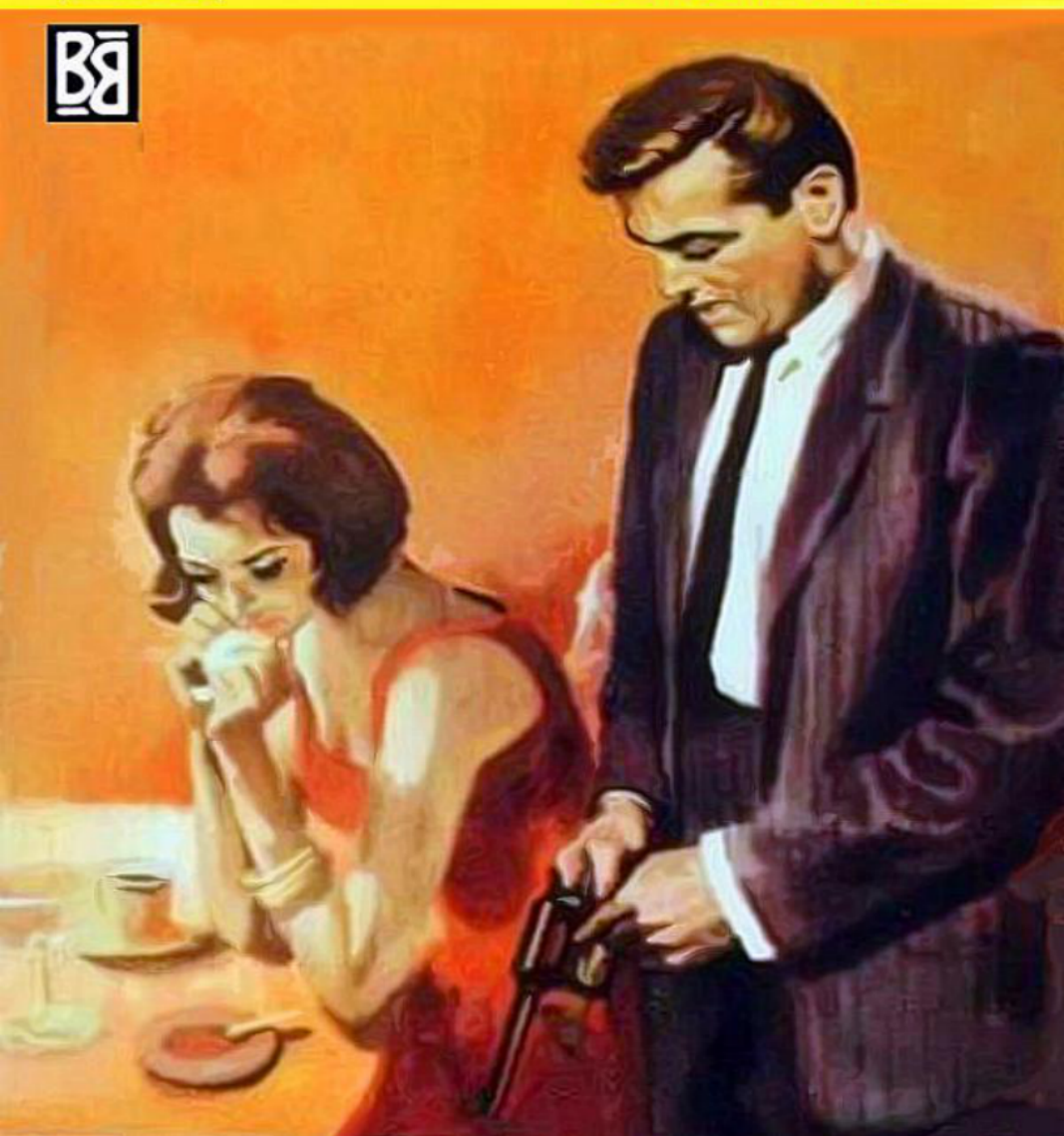


PUNTO
ROJO

brillo mortal

burton hare

BB



BRILLO MORTAL

NANCY SILK

MAX
NEWMAN





BURTON HARE

BRILLO MORTAL

Colección PUNTO ROJO n.º 223

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MÉXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 20.027 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto 1966

© BURTON HARE - 1966

sobre el texto literario

© JAIME PROVENSAL - 1966

sobre la cubierta

© COSTA y ALTAMIRA - 1966

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2. - Barcelona - 1966

N. R. 2.899/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

213. - Funeral para una venus.

218. - El amor también mata.

En Colección SERVICIO SECRETO:

827. - Llorarás a tus muertos.

831. - Muerte en la azotea.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

113. - Tu nombre en una lápida.

120. - Contra el tráfico de muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

El parador era un edificio viejo situado junto a lo que en otro tiempo, fuera carretera general del Estado. En la actualidad, la carretera apenas si era una ruta secundaria.

Rodeado por un paisaje encantador, no conservaba de su pasado esplendor más que el nombre: *Imperial Motel*.

Los bosques se extendían detrás del edificio como una inmensa mancha verde. Era un lugar maravilloso y desierto. En todo lo que alcanzaba la vista no se distinguía una sola edificación, ni una casa, a excepción de una pequeña cabaña de madera cuyos colores parduscos resaltaban entre el verde luminoso del bosque, y que también era propiedad del parador.

El coche que avanzaba por la descuidada carretera, levantando una nube de polvo, aflojó la marcha al doblar el recodo y descubrir sus dos ocupantes el desvío en forma de «U» que conducía al establecimiento.

El conductor dijo:

—Hemos llegado, Gus. ¿Qué te parece el lugar?

—Es justamente lo que necesitábamos, Max... Un sitio discreto para descansar.

Max emitió una risita de contento y maniobró para meter el auto por el desvío, yendo a detenerlo frente a la entrada del motel.

—Encárgate del equipaje, Gus —dijo, apeándose.

Se movió indolentemente. Era alto y ancho, casi corpulento a causa de su fuerte complexión. Andaba pausadamente, como si nunca tuviera prisa. Se detuvo y miró a su alrededor. Había en sus ojos azules una expresión de cinismo apenas disimulado, y una mueca de indiferencia en sus labios gruesos, un poco caídos hacia abajo. Una nariz recta y un mentón cuadrado y voluntarioso completaban el conjunto de unas facciones tostadas y curtidas por el sol y los vientos de todos los mares y todos los meridianos de la tierra.

—No parece que haya nadie aquí, ¿eh? —comentó Gus, desde la trasera del coche.

—Joe dijo que el parador estaba abierto. Y él sabe lo que habla en esta clase de asuntos.

Como si quisieran darle la razón, la puerta de la oficina señalada

con un pequeño rótulo se abrió y apareció una muchacha.

Max enarcó una ceja, asombrado. Gus dejó caer la tapa del portaequipaje y por poco no se pilló los dedos.

Max pensó:

«Es una chica como no he visto otra igual en mi vida. Perfecta».

La muchacha adelantó unos pasos y miró a los dos hombres, con una leve sonrisa de bienvenida en sus tentadores labios.

Vestía unos pantalones ajustados que moldeaban sus caderas, y una blusa blanca con escote en forma de «V». Calzaba zapatos bajos, negros.

Llevaba el cabello corto, muy negro, un poco caído hacia adelante. Unos grandes ojos verdes de expresión misteriosa, indefinible. Y era alta, delgada, con una cintura breve y grácil y un busto de menudos y firmes senos.

Max carraspeó para aclararse la voz.

—Mi amigo y yo buscamos un lugar donde descansar unos días.

—Pues han encontrado el sitio ideal, señor.

Su voz era alegre, juvenil como correspondía a sus veintitrés años. No obstante, tenía unas tonalidades profundas, casi aterciopeladas.

La mirada de Max permaneció fija en los labios sonrosados. Eran húmedos e incitantes, como una flor exótica y lujuriosa. No obstante, toda la belleza de aquella muchacha era serena, delicada como un sueño de adolescente.

—Trae las maletas. Gus —masculló Max, avanzando hacia la oficina.

Había un pequeño mostrador de recepción. La muchacha lo rodeó, yendo a instalarse al otro lado.

—Pueden elegir las habitaciones que más les gusten... Son los únicos huéspedes que llegan en un mes.

Había cierta melancolía en su voz. El negocio debía andar muy mal.

Max llenó la ficha de entrada. Luego dijo:

—¿Atiende usted sola el parador?

—Ahora sí. No hay apenas trabajo. Pero vivo con mi padre, ¿sabe? Él está muy delicado y el aire y el clima de este paraje le sientan bien.

—Comprendo.

Gus entró y dejó las dos maletas en el suelo. Llevaba también un pequeño maletín bajo el brazo, que sostuvo en la mano como si fuera algo muy frágil. Era un hombre de unos treinta años, delgado y moreno, nervioso y dotado de una gran vitalidad. Se sintió incapaz de despegar la mirada de la hermosa muchacha y permaneció en segundo término, inmóvil como una estatua.

—Voy a mostrarles las habitaciones —anunció ella—. Mi nombre es Nancy. Podrán llamarme cuando necesiten algo.

Salió de detrás del mostrador y les precedió con su andar cimbreado.

Por unos instantes, siguiéndola, la expresión de eterno hastío de Max se esfumó para tornarse interesada, admirativa.

Gus cargó nuevamente con las maletas y también fue tras la muchacha.

* * *

John Silk, sentado en una cómoda mecedora, leía distraídamente un libro de viajes. Tenía las piernas cubiertas por una manta, a pesar de que no hacía frío.

Era un hombre que, a juzgar por su aspecto, había dejado atrás los sesenta años. No obstante, en sus ojos oscuros brillaba un fulgor de vitalidad que no correspondía a esa edad. Su escaso cabello era gris, muy corto. Su rostro estaba tostado por el sol y poseía una expresión de amargura que en vano trató de disimular cuando Nancy apareció en el porche donde se encontraba.

—¡Tenemos dos huéspedes, papá! —anunció la muchacha.

—Me alegro —hubo un velado sarcasmo en su voz—. Espero que ellos solucionen nuestros apuros.

—Eres un aguafiestas, papá —le reprochó Nancy, riendo—. Van a quedarse varios días, ¿entiendes? Gastarán bastante dinero y podremos liquidar algunas de nuestras deudas. ¿Es que no te alegras?

—¡Naturalmente que sí! Perdóname, pequeña —añadió el hombre, contrito—. Tal como tú dices, soy un aguafiestas. En realidad, deberías mandarme al diablo, Nancy. Por mi culpa vives enterrada en este desierto y...

—¡No empieces otra vez con esa historia! —cortó la muchacha, con un ademán irónico—. Tú eres mi padre, mi hermano, mi amigo... Todo lo que he tenido en mi vida, eres tú. Lo sacrificaste todo por mí, incluso...

—No lo digas, niña.

Súbitamente seria; Nancy calló, permaneciendo unos instantes con la mirada fija en su padre. Una sospechosa humedad apareció en sus pupilas. Y, también, asomó a ellas la adoración que sentía por el hombre que lo había sacrificado todo por ella.

La sorprendió la voz de él cuando murmuró:

—Deberías casarte con Bill y largarte de este desierto de una vez, Nancy.

—No vuelvas a tu sermón de costumbre. Una tiene que estar enamorada para casarse. Tú mismo lo has dicho infinidad de veces.

—Cualquier mujer se enamoraría de Bill O'Sullivan, aunque sea un cabeza loca. Gana mucho dinero con sus cuadros. Esa casa que compró, a dos millas de aquí, debió costarle una fortuna.

—Pues si vieras cómo la ha decorado, papá... Es un sueño.

—Otra razón más para que...

—Para que se case conmigo, señor Silk —intervino una voz juvenil y burlona.

Nancy giró en redondo sobre sus talones. Su padre dejó escapar una exclamación y también volvió la cabeza.

Bill O'Sullivan los contemplaba con su eterna sonrisa en los labios. Era un muchacho de unos veinticinco años, alto y delgado, de cabellos revueltos, ojos negros y facciones regulares. Vestía con cierto descuido, lucía manchas de pintura en sus ropas y no parecía importarle mucho su aspecto.

Después de su burlón comentario miró alternativamente al padre y a la hija, sonriendo. John Silk le espetó en tono de reproche:

—Estabas escuchando nuestra conversación como cualquier sirvienta chismosa, Bill. Además de aprender a pintar, alguien debiera haberte enseñado educación, maldita sea.

—No he tenido más remedio que oír lo que hablaban. Aunque, después de todo, eso no tiene mucha importancia, ya que se trataba de mí. Tiene usted la sabiduría de un filósofo y le agradezco su buena disposición hacia mí, de veras.

—Eso no te llevará muy lejos. No es conmigo con quien deseas casarte.

Nancy se echó a reír. Su padre lanzó un gruñido y simuló volver a enfrascarse en la lectura de su libro. Bill dijo:

—¿No tienes un whisky a mano, Nancy? Después de esta caminata estoy sediento.

—Tengo la impresión de que sólo vienes aquí cuando tienes sed.

Pero le guio al interior de la casa y preparó un whisky con hielo, mientras el muchacho explicaba:

—Estuve nadando en el lago, ¿sabes? El agua estaba deliciosa. ¿Por qué no has venido, Nancy? Quedamos que...

—Han llegado huéspedes —le interrumpió ella—. He tenido trabajo, y creo que voy a estar ocupada durante unos días. Han venido aquí a descansar una semana como mínimo.

—Bueno, no estarás ocupada con ellos todo el día, ¿eh?

—Depende...

Él bebió un sorbo sin dejar de mirarla. Ni siquiera al extasiarse en la contemplación de tanta belleza desapareció la expresión de juvenil alegría de su rostro.

Y de pronto exclamó:

—Me pregunto qué hay en mí que no te gusta, Nancy.

—¡Pero si me gusta tu compañía, Bill!

—¡Oh, claro, claro! Pero sólo porque soy el único hombre joven y soltero en veinte millas a la redonda.

—También yo soy la única chica en las mismas condiciones para ti. Tendrías que viajar hasta Fairdale para encontrar otras mujeres. Veinte millas de ida y otras tantas de vuelta. Un poco incómodo, ¿no crees?

—Por ti viajaría muchas más. ¿Te dije el otro día que te quería, linda?

—Seguro, Bill. Y el anterior a ése, y la tarde que estuvimos nadando en el lago, y la mañana que...

—¡Está bien, está bien! —rio Bill, interrumpiéndola—. Sólo lo preguntaba porque estaba dispuesto a decírtelo otra vez.

Ella se echó a reír y, quizá para disimular su agitada respiración, le volvió la espalda para prepararse una bebida.

Antes de ir a sentarse al lado del muchacho, Nancy preguntó:

—¿Cómo va tu cuadro, Bill?

—Está casi terminado. Un par de sesiones más y listo. Creo que he logrado captar toda la riqueza tonal del crepúsculo en el lago, tal como te dije. Sólo me faltará otro para llenar el catálogo de la próxima exposición. Y no olvides que me prometiste acompañarme a la inauguración, linda...

Ella asintió distraídamente. Bebió y Bill observó que parecía abstraída por alguna idea fija.

—¿Qué ocurre, Nancy?

—¿Cómo?

—¿En qué estabas pensando?

Tras un corto titubeo, Nancy murmuró:

—En papá.

—No parece que haya empeorado estos últimos días...

—El médico dijo que estaba más delicado que de costumbre. El corazón, ¿comprendes? Debo tener mucho cuidado con él, evitarle cualquier disgusto, cualquier esfuerzo, no dejarle preocuparse por nada...

Bill carraspeó, aclarándose la garganta. Después dijo suavemente:

—Opino que tu padre es muy afortunado teniéndote a ti, Nancy, pero creo que te estás sacrificando demasiado por él. Tú también tienes derecho a vivir...

—¡Más sacrificó él por mí! —exclamó ella con vehemencia—. Tú sabes que mamá murió siendo yo una niña de dos años... Desde entonces, papá lo fue todo para mí. Incluso...

—¿Qué ibas a decir?

—Es algo que nunca he confiado a nadie. Bill

—Si crees que no debes decírmelo no insistiré.

—No es ningún secreto, de todos modos. Sólo que papá, cuando yo tenía dieciséis años, se enamoró de una mujer muy hermosa, que le correspondió. He sabido a lo largo de estos años cuánto amó papá a aquella mujer, Bill... y renunció a ella para no imponerme una madrastra. Sufrió lo indecible y fue entonces cuando emprendió un viaje para olvidarla... Estuvo fuera casi un año, dejándome interna en un buen colegio. Después, volvió, pálido y desmejorado, con la salud muy resentida...

—Conozco el resto —intervino Bill, tratando de calmarla con su voz pausada—; tu padre compró este parador y nunca ha querido volver a vivir en una ciudad. Muy bien se sacrificó mucho por ti, pero sigo opinando que tú debes pensar un poco más en tu propia vida, Nancy.

—No puedo, Bill. ¿No quieres comprenderlo? Estos últimos años la salud de papá ha ido empeorando... Necesita tantos cuidados como un niño pequeño... y yo haría cualquier cosa por él, para evitarle inquietudes y dolores. En realidad, es un hombre adorable y tú lo sabes.

Bill se encogió de hombros. No le gustaba tratar de aquel tema.

Entonces, en alguna parte, un timbre dejó oír su estridente sonido y Nancy se levantó de un salto.

—¡Dios santo! Me había olvidado de nuestros huéspedes.

Y salió corriendo.

Bill todavía quedó unos minutos quieto, apurando su bebida y con la mirada clavada en la puerta por la que Nancy había desaparecido.

Finalmente, sacudió la cabeza y se levantó. Sentía cierta confusión en sus ideas y en sus sentimientos. Había veces en que deseaba a Nancy con todas las ansias de su juventud, en que ella era la razón de su vida. Pero en otras ocasiones sentíase lleno de desconcierto y no sabía si realmente ansiaba estrecharla entre sus brazos y besarla con toda su pasión, o tenderla sobre sus rodillas para propinarle una buena azotaina.

Cuando eso sucedía, buscaba un buen tema para pintar y sólo el arte lograba arrancarle de su confusión. Pero después todo volvía a ser igual, y de nuevo sus ideas se embrollaban y las noches se convertían en largas e inacabables, sumido en inquietos ensueños...

Al fin, reaccionó y abandonó la pequeña estancia.

Tuvo que rodear el porche para ir a despedirse del padre de Nancy. Fue antes de llegar a la esquina que descubrió al hombre.

Estaba inmóvil junto a uno de los postes que sostenían el

voladizo del porche. A Bill le pareció que el desconocido permanecía tan tenso que ni siquiera respiraba. Sólo cuando oyó sus pasos sufrió un pequeño sobresalto y, volviéndose en redondo, se enfrentó con él.

—Hola —saludó el desconocido—. Tenía entendido que mi amigo y yo éramos los únicos huéspedes...

—Y así es. Sólo estoy aquí de visita. Vivo a dos millas de distancia, al otro lado del bosque.

—Oh, ya veo... Bueno, encantado de saludarle. Mi nombre es Gus.

—El mío Bill. Quizá volvamos a vemos.

—Tal vez...

Bill siguió con la mirada a Gus. Había cierta perplejidad en su rostro. ¿Qué demonios estaba espiando el desconocido cuando lo sorprendió?

Encogiéndose de hombros, siguió su camino. Desde el lugar que había ocupado Gus, sólo se distinguía el pequeño jardín trasero y al padre de Nancy, sentado en su mecedora, dormitando con el libro sobre las rodillas.

Bill trató de olvidar el incidente y avanzó hacia el anciano.

CAPÍTULO II

—¿Estás seguro? —exclamó Max.

—No puedo estar seguro habiéndole visto sólo un instante, y aún él de espaldas. Además, han pasado años... Cuando oiga su voz podré juzgar con más conocimiento de causa.

—No me gusta eso, Gus.

El aludido se encogió de hombros.

—No veo que cambie nada. Si es él no tendrá ningún interés en oponer dificultades, ¿no crees? Sería tanto como delatarse.

—No me refiero a que ese hombre pueda causarnos problemas, sino a que Joe haya elegido este lugar precisamente... Él debe saber quién es John Silk, el dueño del parador. ¿Por qué demonios habrá querido que viniéramos aquí?

—Apuesto a que Joe desconoce la identidad de Silk. Ha preferido este lugar porque es solitario, tranquilo y apenas frecuentado. No hay riesgo de que nadie pueda conocerle a él. Esa es una buena razón, ¿no crees?

—Tal vez.

Mas no parecía convencido ni mucho menos. Encendió un cigarrillo y, pensativo, fumó junto a la ventana, contemplando el inmenso panorama de bosques y montes como si no los viera.

—De todas formas, Max —añadió Gus—, ya estamos aquí. No podemos cambiar los planes a estas alturas. ¿O sabes tú dónde comunicarte con Joe?

—No lo sé. Es un tipo demasiado escurridizo para tener un domicilio fijo, y no va a confiar en mí precisamente. Todo lo que podemos hacer es aguardar aquí a que se presente.

—Bueno, entonces nada nos impide pasarlo bien, ¿eh, Max? He sabido que hay un estupendo lago a una milla o cosa así. ¿Por qué no vamos a darnos un chapuzón?

Max le miró con reproche.

—¿Olvidas que uno de nosotros debe permanecer aquí?

—Es cierto... Bueno, puedes ir tú si quieres.

—No, hoy prefiero descansar. Me quedaré.

—Muy bien, el primer turno de natación para mí —rio Gus, encaminándose a la puerta de la habitación—. Ya te diré cómo está el paisaje por el lago.

Al quedar solo, Max se dejó caer en la butaca y apuró el cigarrillo sin dejar de pensar. Cómo en una película, rememoró los últimos meses vividos tan intensamente, sus deseos de retirarse y abandonar definitivamente los riesgos y las aventuras..., y la oportunidad de hacerlo que tenía al alcance de la mano.

Hizo una mueca. La identidad del dueño del parador, de ser cierta, podía representar un serio contratiempo, especialmente cuando llegase Joe Skarn.

No le gustaba Skarn, como no le gustaban los individuos de mente retorcida y mirada cruel. Pero era quien mejor oferta había hecho y el negocio es el negocio, así que todo lo que podía hacer era soportarlo hasta haber cerrado el trato. Después..., bueno, al demonio con Skarn y sus malditos ojos de pescado muerto. No volvería a verlo jamás.

Se levantó, aburrido. Abandonó la estancia y salió al jardín, buscando un lugar sombreado. Al fin acabó sentándose sobre el césped, junto al grueso tronco de un pino gigante.

Fue allí donde le encontró Nancy, unos minutos más tarde. Max levantó la cabeza y sus miradas chocaron casi violentamente. Poco a poco, él se levantó.

—¿Muy atareada? —preguntó suavemente.

—Un poco...

—Venga, siéntese aquí, conmigo. Estaba preguntándome dónde encontraría a alguien con quién hablar.

Ella titubeó. Vestía igual que cuando los huéspedes llegaron. Resultaba una imagen juvenil y tentadora, y Max lo advirtió sin necesidad de un segundo vistazo.

—Está bien —accedió Nancy al fin—, pero sólo unos minutos. Papá se inquieta si pasa mucho tiempo sin saber dónde estoy.

Se sentaron al pie del enorme pino. El sacó cigarrillos y le ofreció a la muchacha. Ella lo rechazó y él dijo, después de encender el suyo:

—Deben aburrirse enormemente aquí. Especialmente usted. Nancy... Una mujer tan hermosa y joven, en medio de los bosques...

—Hay veces que sí resulta aburrido, ¿sabe? Cuando llueve días y días, o durante las tormentas de otoño. Pero el clima es ideal para papá. Y a mí me gustan las montañas, los bosques y los lagos... Esa vida casi primitiva resulta apasionante, cuando una es capaz de captar todo el misterioso encanto de la Naturaleza.

—Habla usted como un poeta —sonrió Max, divertido.

—¿De veras piensa eso? —Nancy se echó a reír—. Debo confesar que son palabras de Bill... El sí es un apasionado admirador de la Naturaleza.

—¿Bill?

—Un pintor..., el único vecino de estos alrededores. Bueno, vecino relativamente. Vive a dos millas de aquí.

—Entiendo.

—Su amigo me ha preguntado por el camino del lago... Creí que habían ido los dos a nadar.

—He preferido descansar.

Súbitamente, los dos callaron, como si de repente hubieran agotado los temas de conversación. Ella desvió la mirada de los inquisitivos ojos de Max. No obstante, siguió sintiéndolos clavados en ella por largo tiempo.

Al fin, no pudo contenerse más y preguntó, aunque sin atreverse a mirarlo:

—¿Por qué me mira así, señor Newman?

—Perdóneme... Pero su belleza, su juventud, me ha hecho retroceder muchos años en mi vida.

—No le entiendo.

—Exactamente, nueve años.

—¿Qué le sucedió entonces?

—Tuve una novia. Era muy parecida a usted..., muy parecida.

Ella notó una extraña emoción. Apenas si se oyó su voz cuando insistió:

—¿Y la perdió?

—Sí... Mejor dicho, ella me abandonó.

—Comprendo. Se enamoró de otro.

—Bueno, no fue exactamente así, pero no es necesario entrar en detalles. Se valió de mí para alcanzar ciertos fines. Cuando los hubo logrado se marchó con otro.

Reinó un silencio. Ella siguió mirándole interrogante, como si esperase que él prosiguiera con su confidencia.

Y Max acabó con voz sorda:

—Es curioso..., a ella la perdoné, ¿usted lo entiende?

—¿Y a él?

—No.

Pero no dijo nada más al respecto, quizá porque hubiera sido difícil explicar lo sucedido ocho años atrás, en los muelles de Hong-Kong, cuando al fin pudo encontrar a aquel hombre... Sí, para una mente inocente como la de Nancy hubiera resultado incomprensible...

Pero ella ya no pensaba en el pasado, sino que su curiosidad femenina se había despertado ante el misterioso viajero.

—¿Ha vuelto a verla alguna vez?

—¿A ella? No, jamás. Desde entonces no hubo más novias para mí.

—No le creo —rió Nancy.

—Le estoy diciendo la verdad. Oh, bueno; he conocido mujeres... Las he conocido en todos los rincones de la tierra, de todas las razas, con toda clase de calculadoras mentalidades. Pero ya no fue lo mismo que la primera vez. El corazón no intervino para nada, sólo los sentidos.

—Ya, veo... No más novias, huir del amor para no dejarse cazar.

La voz burlona de la muchacha no resultó tan segura como ella hubiera pretendido. Sin embargo, él no pareció advertirlo y comentó:

—Completamente cierto. He vivido treinta y cinco años maravillosamente libre.

—Ya le pescarán cuando menos lo espere.

—¿Me pescarán? —exclamó él, enderezándose rápido—. ¿Quién?

—Alguna mujer, naturalmente.

—¡Oh, comprendo! Bueno, tal vez, aunque lo dudo. Me intimidan, usted sabe...

—No lo creo. Y ahora, debo marcharme. Es la hora de darle sus comprimidos a papá...

Se levantó ágilmente. Él lo hizo también y durante unos instantes se miraron fijamente.

—¿Desde cuándo está enfermo? preguntó Max.

—Hace más de un año... Debo cuidarlo mucho.

—Sí, claro...

Tras otro embarazoso silencio, ella giró sobre sus talones y se alejó apresuradamente, con su andar grácil, suave y armonioso. Max no pudo despegar la mirada de ella hasta verla desaparecer en la casa.

Entonces volvió a sentarse y no consiguió apartar a la muchacha de su pensamiento. Ni al viejo, dicho sea de paso.

CAPÍTULO III

—¿Qué tal son esos huéspedes, Nancy? —inquirió el viejo.

La muchacha murmuró:

—Como todos.

—¿Te dan mucho trabajo?

—Muy poco. Desde que llegaron ayer, apenas han pedido nada fuera de lo común. Uno se fue al lago.

—¿Y el otro?

—Se quedó. Lo encontré en el prado, bajo un pino... Parecía preocupado.

—Todo el mundo está preocupado en estos tiempos. ¿Qué te parecen a ti, pequeña?

Nancy se encogió de hombros.

—Como todos los que vienen. Llegan, se aposentan y antes de que una tenga tiempo de conocerlos bien lían las maletas y se van.

—¿Te han preguntado por mí?

—Pero, papá... ¿Por qué tendrían que hacerlo? No te conocen, no te ven nunca, siempre absorto en tus libros. Y cada vez que llega alguien parece creer que van a interesarse por ti desde el primer momento. Eres un chiquillo, papá.

El anciano desvió la mirada. Estaban en el patio trasero, él en su sillón, con las piernas cubiertas por una manta y un libro sobre las rodillas. La muchacha de pie, después de haber retirado el servicio de desayuno de su padre.

Este, tras una corta pausa, murmuró:

—Si se van de excursión esta mañana podrás salir tú también. No me gusta que pases todo el día metida aquí, trabajando... Bill podría acompañarte y...

—No empieces otra vez con tu cantinela. Si se van, yo me iré al lago a nadar un rato, pero no porque Bill esté allí, sino porque me encanta nadar. Pero sólo cuando esté segura que tú no me necesitas. Y ahora, deja que me ocupe del trabajo, ¿eh?

Se alejó. John Silk hizo una mueca y una profunda arruga se marcó en su frente. Después, tomó el libro y empezó a leer con aire distraído. Su mente se negaba a concentrarse en los renglones impresos. Estaba demasiado ocupado pensando en la muchacha, y en los huéspedes..., y en el pasado.

En la habitación, Max se abrochó la camisa. Por la ventana abierta penetraba el suave aire mañanero envuelto en un rayo de sol cálido y refulgente.

Gus, tendido sobre la cama, gruñó:

—No te comprendo, Max. Yo puedo quedarme aquí y cuidarme de todo. Te aseguro que el agua del lago estaba deliciosa ayer... Lárgate.

—Prefiero quedarme.

—¿Temes que emprenda el vuelo con el maletín acaso?

Max se revolvió como si le hubieran pinchado.

—Repíte otra estupidez semejante y te saltaré los dientes —amenazó de mal talante—. Si no confiase en ti jamás te hubiera traído.

—Lo sé, lo sé. Era una broma. Pero me pregunto por qué te empeñas en permanecer aquí casi recluso... ¿O es por la chica?

—¿Nancy? No...

—Es muy linda.

—Lo sé. Tengo ojos en la cara.

—Está bien, tú mandas. ¿Crees que Joe llegará hoy?

—Quizá. No especificó el tiempo que tendríamos que aguardar. Pero es seguro que no aparecerá por aquí hasta haberse asegurado de que nadie le sigue, ni de que no existe ningún riesgo para él. Además, debe haberle costado reunir todo ese dinero en metálico y en billetes pequeños y viejos...

Gus pareció reflexionar. Un chispazo de codicia brilló en sus pupilas cuando comentó:

—¿Sabes qué voy a hacer con mi parte, Max?

—Emborracharte, seguro. Y no tú solo..., buscarás la compañía de esa pelirroja del «Ambassador»...

—¿Mira? Oh, no, muchacho. Eso terminó. Ahora podré picar más alto.

—Bueno, dímelo entonces.

—Volveré a Monte Bay, emprenderé un negocio y echaré anclas. Lo he pensado muchas veces, ¿sabes?

—¿Qué clase de negocio?

—Cualquiera que no me exija demasiado esfuerzo. Necesito tranquilidad... Quizá un bar en los muelles, donde siga respirando el aire del mar y de los marinos sin necesidad de moverme de mi butaca... Pero una cosa es segura. Voy a quedarme allí el resto de mis días. Estoy cansado de correr de un extremo a otro del mundo. Punto final, ¿entiendes?

—Naturalmente. Poco más o menos es lo mismo que siento yo.

Gus se incorporó.

—Me voy a nadar, si tú te empeñas en quedarte aquí. En caso de que llegue Joe no inicies ninguna negociación hasta mi regreso, Max. No me fío nada del viejo bribón.

—No te preocupes. No podrá sorprenderme.

Gus buscó una camisa deportiva, se la echó sobre los hombros y tras esto encaminóse a la puerta.

En el mismo instante, el motor de un coche se dejó oír, acercándose rápidamente. Ambos hombres dieron un respingo y Max se acercó a la ventana.

Vio un largo «Cadillac» negro enfilar el desvío que conducía al motel, maniobrar allí y detenerse al fin junto al suyo propio, en el espacio destinado a aparcamiento.

—Ahí está —gruñó—. Joe Skarn...

Gus se enfundó la camisa.

—Adiós mi baño... Si por lo menos se fuera enseguida...

Vieron apearse del coche a un hombre de mediana estatura, rechoncho sin llegar a gordo, y que a pesar de su tamaño demostraba una extraordinaria agilidad de movimientos. Su cabello escaso dejaba ver una incipiente calvicie.

Detrás de él, procedente del asiento del conductor, se apeó otro individuo de estatura gigantesca, con enormes hombros y grandes manos. Una cabeza pequeña, de cabello ralo coronaba el impresionante conjunto de músculos.

—Y se trae a Spivack —refunfuñó Gus—. Un tipo precavido nuestro amigo Skarn...

—Cada vez que veo a ese gorila siento deseos de echar a correr, Gus —masculló Newman con ironía.

—Es un buen guardaespaldas según opinión de Joe... ¿Crees que traerán el dinero?

—Deben traerlo si quiere cerrar el trato.

—Me sentiré mucho mejor cuando nos hayan pagado y los perdamos de vista definitivamente.

Max gruñó por toda respuesta. Siguieron con la mirada a los dos recién llegados, hasta que los perdieron de vista al entrar en la pequeña oficina, a cuya puerta había aparecido Nancy para recibirlos.

La visión de la muchacha pareció sobresaltar a Max. Al advertirlo, Gus masculló:

—¿Estás pensando lo mismo que yo, muchacho?

—No sé qué demonios piensas tú, pero si todo lo que se dice de Skarn es cierto, esa chica va a verse en dificultades pronto.

—Puedes apostar a que es cierto. Es un sucio bastardo. Pero

paga al contado y eso es lo que nos importa.

—Seguro. No obstante...

—¡Eh, fíjate!

La interrupción de Gus fue provocada por un movimiento en el «Cadillac». La portezuela trasera acababa de abrirse, y por ella surgió el par de piernas más espectacular que podían imaginar. Eran unas magníficas extremidades de mujer, de finos tobillos, y mostradas en tal extensión que Gus se preguntó si la dama llevaría o no vestido.

Después, cuando la vieron apearse, se dieron cuenta que realmente iba vestida, aunque el traje veraniego estaba arrugado a causa del largo viaje.

—¿Quién diablos es esa mujer, Max? —suspiró Gus.

—Tal vez la última adquisición de Joe...

Ella se había detenido al lado del lujoso vehículo. Alargó los brazos, flexionándolos, sin dejar de mirar la puerta por donde había desaparecido Joe Skarn. Era alta, delgada, y flexible, con descaradas curvas que se complacía en poner de manifiesto con sus prendas, estudiadas para realzarlas. Una cabellera rubia platino coronaba su cabeza, cuyas facciones no podían distinguir bien desde la ventana.

—El no dijo que se traería aquí a su matón —gruñó Max—. Y menos a una mujer. Es una maldita manera de hacer negocios.

—Eso demuestra que Joe se siente tranquilo aquí, Max. Si recelara hubiera venido solo.

—No me fío un pelo de ese alacrán, Gus. Cuanto antes terminemos con lo nuestro mucho mejor.

—¿Vamos a ver a Joe y salimos de dudas?

—Todavía no. Debemos esperar a que se instale. El dará el primer paso para entrar en contacto. Pero no estará de más que estemos alerta, viejo... Es mucho dinero el que hay en juego.

—De acuerdo... ¡Qué dama, amigo! —suspiró Gus—. ¿De dónde la habrá sacado?

Max soltó una maldición.

—De alguno de sus cabarets..., o acaso de un burdel. Es la especialidad de Joe... O, por lo menos, eso fue lo que le enriqueció en otro tiempo.

—No te simpatiza en absoluto, ¿eh?

—¿Skarn? Aborrezco a los de su clase.

—Pero no dudas en hacer negocios con ellos —rio Gus.

—El negocio es una cosa y mis preferencias otra. Y tú deberías saberlo, maldito preguntón, después de dos años de andar de un lado a otro conmigo.

Riendo, Gus fue a sentarse sobre la cama y encendió un cigarrillo. Max siguió en la ventana, contemplando a la rubia con

un vago sentimiento de inquietud que no lograba explicarse.

Al cabo de unos minutos, el gigantesco guardaespaldas apareció, acercándose al coche. Habló brevemente con la mujer, ésta rio y echó a andar dirigiéndose a la oficina, en tanto el gorila abría el portaequipajes y sacaba las maletas.

Sólo entonces, Max abandonó la ventana. Con voz seca gruñó:

—Mañana mismo nos largaremos de aquí, Gus.

—Bueno.

Eso fue todo. Sonrió. Era curioso que Gus nunca le llevase la contraria en sus decisiones...

Un tipo divertido Gus..., a menos que le obligasen a dejar de serlo.

CAPÍTULO IV

Estaban sentados alrededor de una mesa, en el sombreado porche delantero. El airecillo de la tarde barría los últimos ramalazos del calor y un polvillo dorado flotaba sobre el prado, como cabalgando sobre la declinante luz del día.

Los tres hombres, con sendos vasos de licor delante, parecían inmóviles estatuas en las que sólo los ojos tuvieran vida. Apenas si habían cambiado unas palabras de tanteo cuando Max indagó:

—¿Dónde está tu gorila, Joe?

—¿Spivack? Se habrá quedado en la habitación. ¿Por qué te interesa saberlo?

—Porque me pongo nervioso cuando no lo veo. Siempre tengo la sensación de que está colocado a mí espalda, mirándome con sus ojillos de cerdo.

—No hay nadie a tus espaldas, Max. ¿Qué te pasa, te estás ablandando?

—Tal vez... Estoy fuera de mí ambiente aquí. Quiero cerrar el trato y largarme cuanto antes.

—Perfecto, perfecto —convino Skarn, riendo—. Yo tampoco deseo prolongar el negocio más tiempo del estrictamente necesario. Bebamos.

—Está bien, si esta es tu manera de tratar de negocios...

Vaciaron los vasos. Los dejaron después sobre la mesa. Max encendió un cigarrillo y por entre la bocanada de humo gruñó:

—¿Por qué te has traído a la chica? Quedamos que ésta sería una reunión lo más discreta posible, sin testigos, lejos de todos los lugares frecuentados donde alguien pudiera reconocerte.

Skarn echóse a reír. Su risa era cascada, como procedente de una garganta estropeada. Resultaba tan desagradable como su presencia, según opinión de Max, que desvió la mirada de aquellos fríos ojos inexpresivos. Al contemplarlos de cerca acababa de darse cuenta de que no se parecían a los de un pescado muerto, como él había supuesto, sino que más bien eran los de una gigantesca araña, inmóviles, casi hipnóticos.

Se estremeció.

—Con tu maldita risa no respondes a mí pregunta —refunfuñó.

—Está bien, no te alborotes. Helen es una buena chica. Muy

discreta, ¿comprendes? No ve, no oye, no habla. La mujer ideal...

—No existe esa clase de mujer, Joe. No debiste traerla.

—Oh, bueno, está bien. No sabe una palabra del negocio, de todos modos. Déjala en paz. Hace apenas dos días que está conmigo. Necesito complacerla un poco para que se acostumbre a mí.

—Dudo que llegue a acostumbrarse nunca —runroneó Gus, como si hablara para sí.

Skarn le miró con los ojos inmóviles entrecerrados.

—¿Es algún chiste, Gus? —gruñó.

El aludido se encogió de hombros. Una mirada de Max impidió que replicase.

—Necesito otro trago —dijo solamente.

Joe batió palmas, y cuando Nancy surgió del interior le pidieron otros vasos. Los ojos pálidos de Skarn no se despegaron de la muchacha hasta que ésta desapareció.

—Una linda gatita, muchachos. Palabra que nunca había visto nada tan tierno, tan sugestivo y apetecible, tan distinta a las que uno encuentra en su camino...

—Olvídate de ella.

La voz de Max había sonado como un pistoletazo. El forajido le miró con sorpresa.

—¿Le has echado tú el ojo, Max? —cacareó—. No sabía que te impresionasen las de ese tipo.

—No me impresionan.

—Entonces, ¿qué diablos te pasa? Deja que los demás se diviertan de vez en cuando.

—He oído hablar de tus diversiones predilectas, Joe..., y te repito que olvides a esa chica.

—Está bien, está bien..., no te alborotes, no pretendo quitártela —se echó a reír groseramente y añadió con sorna—: Sería demasiado que por segunda vez te pisaran la novia, Max...

El aludido se estremeció y su rostro adquirió la palidez de la cera. Gus tensó los músculos, temiendo un estallido y disponiéndose a intervenir. Pero Max se relajó instantes después y sólo dijo, con una voz cortante como el filo de una navaja:

—Otra alusión a este asunto, en ese tono, y te arrancaré la cabeza, Joe.

Este empezó a reír, pero al fijarse en la expresión de su antagonista la risa murió en su garganta como un gorgoteo. Luego, cerró la boca y asintió con el gesto.

—¿Vamos a hablar como hombres de negocios, o empezamos a tiros?

La pregunta de Gus despejó un poco la cargada atmósfera.

—¿Has traído el dinero?

—Naturalmente —replicó Skarn—. Hasta el último y centavo. Un millón contante y sonante.

—Bien, no es necesario mencionar cantidades aquí. Esta noche verás la mercancía.

—¡Magnífico! Va a ser una operación brillante por ambas partes, ¿no crees? Después... Bueno, he decidido tomarme unas largas vacaciones. Tal vez Europa...

Gus sacudió la cabeza.

—¿Hay algo que no marcha bien en tu ciudad o qué, Joe?

—En absoluto. Pero voy a cambiar de aires.

Callaron cuando Nancy apareció con la botella y vasos limpios. Los inquietantes ojos de Skarn no se apartaron de la muchacha ni un instante, mirándola con tanta intensidad que ella no pudo contener un estremecimiento de repugnancia. Se apresuró a marcharse, visiblemente agitada.

Max bebió un sorbo y sin rodeos, con vos seca, preguntó:

—¿Por qué elegiste este parador para nuestro encuentro, Joe?

—Demonios, ¿no es un lugar discreto?

—Es ideal, lo reconozco, pero no puedo dejar de pensar en tu retorcida mente... Porque tú sabes a quién pertenece el establecimiento, ¿no es cierto?

Durante unos instantes, Skarn pareció desconcertado. Pero fue sólo unos segundos. Inmediatamente exclamó:

—Debí suponer que tú lo descubrirías... Empiezas a preocuparme, muchacho.

—Fue Gus quien reconoció a ese viejo.

—No es tan viejo. Según mis cálculos no pasa de los cincuenta y siete años, aunque está casi inválido de las piernas.

—Parece tener setenta. Bueno, ¿por qué, sabiendo quién es, nos hiciste venir aquí?

—Precisamente por conocerlo. En un caso de apuro, puedo obligarle a esconderme, o a ayudarnos a escapar. ¿Entiendes? Sólo con que le amenace con delatarlo hará todo cuanto se nos antoje.

—Ya veo.

—¿Alguna pregunta más, compañero? Me parece que estás cargado de suspicacias respecto a mí. ¿Te he dado algún motivo para desconfiar acaso?

Max se encogió de hombros.

—Olvidalo —dijo—. Tengo ganas de largarme de aquí, eso es todo.

—Bueno, sólo es cuestión de horas.

En aquel momento, unos pasos sobre el sendero de grava les hicieron volver la cabeza. Un hombre joven se acercaba al edificio

principal del parador. Joe arrugó el entrecejo.

—¿Quién es ese tipo? —gruñó.

—Un pintor —explicó Gus—. Vive al otro lado del bosque..., a cosa de dos millas de aquí.

—No sabía que hubiera extraños por estos alrededores... Quizá sería conveniente abreviar nuestro negocio.

Bill les miró con cierta curiosidad, hizo un saludo a Gus, a quien recordaba evidentemente de su primer encuentro, y entró en la casa.

Max suspiró.

—Puedes apostar que eso es lo que más deseo; abreviar y largarme.

Skarn arrugó sus pobladas cejas. Por primera vez un brillo metálico asomó a sus pálidas pupilas. Sonrió y apuró el contenido de su vaso.

CAPÍTULO V

Estaban solos en el pequeño bar. Bill, contra lo habitual en él, no parecía estar de buen humor ni mucho menos. Por el contrario, Nancy se veía risueña y satisfecha.

El masculló:

—Te repito que es muy raro que todos esos tipos se hayan encontrado aquí por casualidad. Viejos amigos... Bueno, quizá sí. Pero este no es un lugar de moda para que coincidan todos ellos a la vez.

—¿Qué te pasa a ti, Bill?... Voy a creer que tratas de ahuyentarme los clientes, con la falta que nos están haciendo. Incluso papá empieza a creer que podremos pagar algunas de nuestras deudas con lo que esta gente nos pague. Están gastando mucho dinero en bebidas, ¿sabes?

—Si tú quieres yo puedo arreglar lo de las deudas y...

—Por favor, no empieces otra vez.

Bill titubeó unos instantes. Luego dijo:

—Hay algo raro aquí, Nancy... He dado un vistazo a ese «Cadillac».

—Bueno, ¿y qué? Es un coche estupendo.

—No lo sabes tú bien. Lleva un depósito supletorio de gasolina. Puede cargar tanto combustible como un avión a chorro.

—Eres el colmo, Bill... ¿Qué pensarán ellos si te ven espiándoles?

—Te digo que ese coche puede cruzar el país de un tirón.

—¿Y qué nos importa a nosotros?

El sacudió la cabeza.

—No sé, Nancy... Además, tengo la impresión de que he visto a ese tipo del porche en alguna parte. Su cara... y sobre todo sus ojos. Estoy seguro que no es la primera vez que los veo.

—¿Te refieres al rechoncho?

—Sí.

Nancy arrugó la naricita.

—Ese tampoco me simpatiza a mí. Tiene una manera de mirar que me causa escalofríos. Parece como si me tocara con sus ojos.

—Ya te digo yo que...

Repentinamente, una voz gruesa intervino desde la puerta:

—Está resultando un chico muy observador... Demasiado.

Bill giró en el taburete y Nancy emitió una exclamación de sorpresa. Los dos se quedaron mudos al encontrarse con la imponente presencia del corpulento Paul Spivack, el guardaespaldas de Joe Skarn.

Tras el primer instante de desconcierto, Bill dijo:

—Alguien debiera haberle enseñado a no escuchar detrás de las puertas, amigo. Es una regla de educación elemental.

—¿Qué clase de idioma es éste? —rio el gorila, acercándose al mostrador—. Dame un trago, monada.

Nancy se apresuró a servirle. Bill espetó:

—También sus modales dejan mucho que desear.

Los ojillos del hombre parecieron reír.

—Sigue hablándome en un idioma que no entiendo... A su salud, entrometido.

Engulló el whisky de un trago. Chasqueó la lengua y asintió con un movimiento de cabeza.

—Un estupendo whisky, sí, señor. Apúntalo a la cuenta del patrón, monada... Y usted no tenga prisa en marcharse, fisgón. Quizá quieran enseñarle a hablar como las personas.

Se marchó haciendo retemblar el suelo de tablas con sus pesados pies.

Un tanto desconcertado, Bill exclamó:

—¡Vaya un ejemplar! ¿Quién es él, pequeña?

—Ha venido en compañía del rechoncho. También ha llegado una mujer con ellos. Parece una de esas vampiresas que salen en las revistas. Rubia platino... y con unas curvas...

Se rio ella misma, pero su risa murió en sus labios al ver la concentrada expresión del muchacho.

—Demasiada gente —masculló él—. Si todavía no te das cuenta de que hay algo raro en esa concentración, entonces es que no ves más allá de tus narices. Empezando por ese gigante... Es un matón profesional.

—¿Cómo puedes afirmar semejante cosa si no le conoces?

—Pero conozco el tipo. Matones, ex boxeadores del peso máximo fracasados... y guardaespaldas de los pistoleros de postín. Sí, conozco bien el tipo —repitió pensativo.

Por primera vez, Nancy pareció tomarle en serio. No obstante, replicó:

—Después de todo, Bill, ¿qué nos importa a nosotros lo que sea esta gente? Todo lo que deseo es que paguen en buen dinero. Necesito liquidar una serie de cosas, y las medicinas de papá cada día cuestan más... Por otra parte, estuve hablando con el otro, ese llamado Max. Es uno de los dos que llegaron ayer. Me pareció una

persona correcta y agradable. Tal vez un poco amargado, pero amable.

Bill gruñó su disconformidad y abandonó el taburete.

—Voy a ver a tu padre. Pienso ir a Fairdale mañana y quizá quiera que le traiga un libro del que me habló hace unos días. Volveré aquí antes de marcharme, Nancy.

—Eres encantador, Bill..., cuando no te pones serio. Me gustas más de la otra manera.

—Lo tendré en cuenta.

Rieron ambos. Al salir, Bill casi tropezó con Max Newman, que entraba en aquel instante al bar.

—Un whisky, Nancy —pidió el recién llegado—. Con un poco de hielo esta vez.

Ella lo preparó. Cuando hubo terminado, Max indagó:

—¿Qué le pasa a su amigo? Me ha mirado como si le debiera dinero o algo así.

—¿Bill? Oh, nada, es su manera de ser...

—Tengo entendido que es pintor... ¿Tiene éxito?

—¡Ya lo creo! —exclamó la muchacha—. Está a punto de montar una exposición que le solicitan hace meses.

—Vaya, vaya... Un muchacho simpático, ¿verdad?

—Lo es, y mucho. ¿Por qué le interesa?

—Simple curiosidad. Me gusta conocer a la gente.

—En cambio, es muy difícil llegar a conocerle a usted —replicó Nancy, con un arranque de audacia.

El rio, divertido. Bebió un pequeño sorbo antes de preguntar:

—¿Por qué desea conocerme?

—No es que lo desee particularmente. Sólo que me intriga su manera de ser, o su aspecto... Una se pregunta qué clase de hombre es y no encuentra respuesta alguna...

—¿Por qué?

—No lo sé. Igual puede ser un diplomático de vacaciones, que un bandido internacional. O quizá un financiero.

El sacudió la cabeza.

—Me parezco más a su segunda apreciación.

—¿Un bandido? —exclamó Nancy, asombrada.

—Sólo en apariencia. Más bien... un viajero. Me gusta recorrer el globo en todas, direcciones, conocer países exóticos, gentes extrañas, ambientes cargados de misterio... Mejor dicho, eso era lo que me gustaba hasta hace poco.

—¿Ha cambiado de carácter acaso?

—Sólo me he cansado. Deseo echar anclas en algún lugar y vivir tranquilamente.

—No es usted el tipo de hombre hogareño, señor Newman.

—Llámeme Max solamente. ¿Por qué no le parezco hogareño?

—No sé cómo expresarlo. Quizá sea por sus ojos..., hay en ellos un fondo de crueldad, de violencia acaso. ¡Oh, por favor, perdóneme! —exclamó, turbada por su audacia.

Todavía sonriendo, él murmuró:

—Es usted encantadora... y demasiado ingenua. ¿De verdad cree que soy cruel y violento?

—No, yo... Bueno, quiero decir que no me proponía ofenderlo...

—No me ha ofendido.

Ella aspiró hondo, envalentonada por esas palabras.

—Sin embargo, es cierto que sus ojos tienen esa expresión.

El sacudió la cabeza.

—Tal vez es cierto. Pero le aseguro que si hay crueldad o violencia en ellos es porque la pusieron ahí hombres y mujeres que se cruzaron en mi camino. Quizá esa sea una de las razones que me impulsan a descansar de una vez.

Su voz había perdido todo asomo de animación. Nancy calló, impresionada a su pesar por su atrevimiento.

Max se dedicó a beber en silencio, pero no consiguió desviar su atención de la hermosa muchacha. Notaba una sensación desconocida al mirarla, algo semejante a una súbita paz, un anhelo de borrar el tumultuoso pasado para vivir única y exclusivamente el porvenir...

—¿Dónde está el joven fisgón?

La súbita voz hizo pegar un respingo a Max, que giró con violencia para enfrentarse al corpulento Spivack, que daba escolta a Joe.

Era éste quien había hecho la pregunta, y miraba a su alrededor con gesto alterado.

—¿A quién demonios te refieres? —gruñó Max.

—Al pintamonas. Vamos, muchacha, ¿dónde está?

—¿Para qué le buscas? Ha salido de aquí hace unos minutos —repuso él otra vez, antes que la muchacha pudiera responder.

—Ha estado metiendo las narices en el coche, fisgoneando.

—Bueno, no creo que eso sea tan importante...

—Yo decidiré lo que es importante y lo que no lo es. ¿Dónde está?

Como si quisiera responder a su pregunta, Bill entró en aquel momento y se detuvo en seco al ver la reunión. Pareció un tanto confuso al notar que todas las miradas se fijaban en él como si fuera un bicho raro.

—Bueno, ¿qué pasa? —masculló finalmente—. ¿Llevo un penacho de plumas o algo así?

—Bueno, bueno —rio Skarn—. El joven pintor..., el indecente

figón...

—¡Eh, un momento...!

La enorme mano de Spivack cayó sobre su hombro cómo una garra, interrumpiéndole. Joe sentenció:

—Usted va a quedarse aquí, jovencito. Como huésped, ¿entiende? No saldrá del edificio hasta que nosotros hayamos marchado. Si intenta siquiera asomar las narices fuera, Paul se encargará de aplastárselas. Y tenga por seguro que no se trata de una broma.

—Un momento, Joe...

—No te metas en esto, Max. Yo sé lo que hago.

—Estás alborotando como una gallina asustada —rechinó Max, furioso—. ¿Por qué todo este teatro?

—Porque ese mequetrefe ha estado espiando mi coche. Ha descubierto el depósito supletorio y quizá algunas cosas más. Y basta de charla. Paul se encargará de que mis órdenes se cumplan.

—Pero, ¿qué demonios se ha creído usted, matón? —estalló el muchacho, lívido de ira—. Saldré de aquí cuando se me antoje...

Los dedos como garfios del gorila se hincaron en su hombro y su voz se extinguió con un sordo lamento. Nancy, con la mirada desorbitada, miraba la escena sin dar crédito a lo que veía.

Joe sonrió sin pizca de humor. ¡

—Asunto resuelto. Yo pagaré su hospedaje, pero se quedará aquí. Espero que nadie me obligue a mostrarme desagradable... Y ahora, muñeca, puedes servirnos de beber.

A mi cuenta, naturalmente.

Le costó un gran esfuerzo moverse a la muchacha. Max rehuyó su mirada y se acodó de espaldas al mostrador.

Bill, pálido como un muerto, se acariciaba el hombro, mientras el gorila buscaba una silla a la que desplomarse como si estuviera muy cansado.

Todos comprendieron que algo había cambiado. Faltaba ver si aceptarían el cambio sin más protestas.

CAPÍTULO VI

Estaba solo en el bar, furioso consigo mismo por lo que consideraba una despreciable claudicación. Sabía que a pesar de la calma del lugar, incluso cuando, como en esos momentos, estaba aparentemente solo, si trataba de salir al exterior, el gigantesco matón aparecería de alguna parte para cerrarle el paso.

Bill maldijo para sus adentros y apuró el vaso. Le desconcertaba la situación, escapaba a su control. Y le enfurecía al mismo tiempo por lo que tenía de ridícula y melodramática. Le hubiera gustado saber qué se estaba ventilando entre aquellos extraños forasteros...

Y por encima de todo esto, estaba inquieto por Nancy. No le pasaron inadvertidas las voraces miradas que el individuo rechoncho dirigía a la muchacha. Y con aquellos ojos helados, muertos...

Saltó del taburete y entró al otro lado del mostrador para llenarse el vaso una vez más. Justo en aquel momento, apareció la mujer rubia y se acercó a la barra con el provocativo contoneo de sus caderas.

—Hola —dijo con su voz un poco ronca—. ¿Quiere servirme un *gimlet*, muchacho?

Bill la miró, asombrado. Era la primera vez que la veía y se sintió súbitamente impresionado por la descarada belleza de la desconocida.

Pero reaccionó cuando ella se hubo acomodado en uno de los taburetes.

—Lo prepararé si bebe conmigo —espetó—. Es una prerrogativa que tenemos los camareros de un tiempo a esta parte.

—No me diga...

—Órdenes del sindicato. Beber con las clientes hermosas o no servidas.

—Caray con el sindicato. Oiga, ¿es usted el dueño del parador o qué?

—Sólo un huésped forzado, pero eso no debe preocuparla más de la cuenta. Llámeme Bill.

—¿Un huésped forzado? No lo entiendo...

—Sospecho que no es usted sola a no entenderlo. Bien, sean dos *gimlets*, ¿conforme?

—Adelante, muchacho.

—¿Cómo he de llamarla, además de linda?

—Helen.

Bill preparó las dos bebidas, acercó una a la muchacha y acodóse sobre el mostrador sosteniendo la suya.

—Usted debe haber llegado en compañía de alguno de ellos —masculló—. ¿El gordo?

—¿Se refiere a Joe?

—Creo que he oído que le llamaban así.

—Bueno, he hecho el viaje en su coche...

—Es una manera de decirlo tan buena como otra cualquiera. Empiezo a creer que ese tipo no va a resultarme simpático.

—¿Joe?

—El mismo. ¿Por qué lleva un gorila pisándole los talones todo el tiempo?

—Hace usted demasiadas preguntas, Bill.

—Y usted tiene prohibido contestarlas. Okey, sé cómo son estas cosas.

Ella parpadeó desconcertada. El comentario del muchacho no pareció gustarle en absoluto.

—¿Es usted uno de esos moralistas al uso? —retrucó, mordaz—. Uno de los seguidores de esas sectas puritanas que quieren arrasar la mitad de la tierra para librarla del pecado...

—No le va ese tono, encanto.

—¿Lo es, o no? —insistió ella, riendo.

—No. Realmente, tengo un espíritu muy liberal, ¿sabe usted? Pero hay cosas que me ponen nervioso.

—Las mujeres supongo.

—Además de las mujeres... Su amigo Joe, por ejemplo.

—No vuelva a las andadas. No es conveniente. Joe puede ser muy desagradable si se lo propone.

—Opino que se lo propone todo el tiempo. ¿Cuál es su apellido?

—Skarn. ¿Por qué le interesa tanto?

Tras unos instantes de reflexión, Bill murmuró, pensativo:

—Quizá porque ha sido él quien me ha obligado a quedarme aquí contra mi voluntad. Joe Skarn, ¿eh? Me suena el nombre.

A ella no pareció complacerla el giro de la charla y dedicó los instantes siguientes a beber a pequeños sorbos su mezcla. Pero no apartó la mirada del joven pintor.

Este comentó:

—Me pregunto por qué razón una mujer como usted acepta esa situación. De veras que me sorprende. Usted tiene clase, belleza..., no es una cualquiera. Y sin embargo, viaja en compañía de ese engendro. Ciertamente, la naturaleza humana es algo

incomprensible.

—¿Pretende ofenderme, muchacho?

—Ni por asomo. Era sólo un comentario.

—Puede ahorrárselos si quiere que siga aquí, bebiendo con usted.

—Lo quiero, realmente.

—Entonces, prepare otros dos de lo mismo.

Lo hizo, pero de vez en cuando sus ojos inquisitivos se posaban sobre Helen con una expresión un tanto perpleja.

Bebieron la mitad de la segunda ración antes de volver a hablar. Espontáneamente, ella explicó con voz contenida:

—Joe tiene importantes negocios de espectáculos. Controla varios circuitos de variedades y cuatro clubs nocturnos. La próxima semana ocuparé la cabecera de cartel en el más lujoso de ellos.

—Ya veo...

—Dudo que pueda comprenderlo, Bill.

Su voz era contenida, profunda, casi susurrante. Él se encogió de hombros con forzada indiferencia.

—He oído contar otros casos como el suyo —masculó—. Sobre el difícil triunfo, la escalada del éxito y la oportunidad. Bien, no tiene por qué hablarme de eso.

—Es usted desconcertante. ¿Qué le importa la manera cómo yo escale el pináculo del éxito?

—Nada en absoluto.

—Usted no puede saber cómo son esas cosas, el largo camino que una debe recorrer antes de encumbrarse.

—Y las renunciás a que debe someterse para conseguirlo, y todas esas cosas. Muy bien, borrón y cuenta nueva. Lo sé de memoria, sólo que me revienta que tipos como su Joe Skarn puedan disponer de los destinos de mujeres como usted.

—Habla usted como un chiquillo, Bill...

—Siempre he sido bastante ingenuo, usted sabe...

Ella había terminado su bebida. Su bello rostro estaba arrebolado como el de una niña. A Bill se le antojó sumamente hermosa, demasiado para la clase de vida que se proponía llevar.

—¿Acepta una última copa por mi cuenta, Helen? —le propuso.

—Ya lo creo... Estaba aburriéndome mortalmente en la habitación. Pero Joe no quiere que alterne, ¿sabe? Es una estupidez, porque aquí no hay donde alternar en absoluto.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que está haciendo en estos momentos?

—Bueno..., es distinto. Oiga —exclamó de pronto—. Es curioso; tengo la impresión de que nos conocemos desde hace mucho tiempo...

—Quizá si su Joe la oyera decir eso tendría algo que objetar, ¿no

cree?

—Caray, Bill, no me hable de Joe ahora. De vez en cuando me gusta olvidarme de él. De todos modos, estará ocupado con sus embrollados negocios...

* * *

Pero Joe Skarn no estaba ocupado en ninguna clase de negocio. Su ocupación, en aquellos instantes, consistía en impedir la salida de Nancy de la sala donde la había sorprendido momentos antes.

—No consiento nunca una negativa, nena —dijo con voz tensa, alterada—. Siempre consigo mis propósitos..., por cualquier medio.

—Déjeme pasar, señor Skarn —balbució la muchacha—. Su conducta es absurda. Yo no le he alentado a asediarme de este modo.

—No necesito alientos para eso. Me gustas, eso es todo. ¿Por qué no he de decírtelo si es cierto?

—Le repito que me deje en paz. No quiero escandalizar, pero si me obliga...

—¿Llamarás a tu papaíto acaso?

Ella se inmovilizó de repente. Algo en el tono de aquella voz la había estremecido.

—No —dijo con voz apenas audible—. Mi padre no podría venir en mi ayuda..., está casi paralítico. Pero hay otros hombres en el parador.

—Seguro, seguro, Max, el apuesto aventurero internacional. Pero no movería un dedo para contrariarme, porque su negocio es más importante que una linda gatita como tú. O tal vez te refieres al pintamonas. ¿Es a él a quien recurrirías, nena? Ya has visto antes cómo ha reaccionado... obedeciendo mis órdenes. Temo que no puedes confiar mucho en los demás, pequeña mía.

Alargó las manos intentando sujetarla por los brazos, pero ella retrocedió de un salto.

—¡No me toque, señor Skarn! No me toque o empezaré a gritar.

—No conseguirías nada. Pero tienes razón; no me gustan los escándalos. Tú acudirás a mí sin alboroto..., pacíficamente, ¿entiendes? Vendrás cuando yo te llame.

—Está loco...

—Tú eres capaz de enloquecer a un hombre como yo, pero te aseguro que en mi vida he estado más cuerdo que ahora. Tampoco en toda mi vida he ansiado tanto una cosa como te ansío a ti...

—¡Cállese!

Skarn no pareció oírla. Con voz sorda masculló:

—Si hubiese sabido que el viejo tenía una hija tan hermosa como tú, pequeña, hubiera venido mucho antes a este parador.

—¿Se refiere a papá?

—¿A quién si no? Por él vas a obedecer mis órdenes, nena... Vendrás cuando te llame, y donde yo te ordene. Y serás complaciente conmigo..., muy complaciente.

—¡Nunca!

Pero la verdad era que estaba asustada. Aquellos ojos la estremecían, y la turbia expresión de aquel rostro innoble, y la clara amenaza de sus palabras...

—Vendrás —repitió Skarn en el mismo tono—, porque sí no lo haces delataré a tu querido papaíto, ¿entiendes?

—¿Le delatará? Usted debe haber perdido el juicio. ¿Qué me importa que le delate? Todo el mundo le quiere en Fairdale. Saben que es un hombre honesto, intachable... y que está enfermo.

—Que esté enfermo, no te lo discuto. En cuanto a honesto e intachable, no me vengas con representaciones. Estoy enterado de toda la historia, de manera que no necesitas hacer teatro conmigo. Tú sabes muy bien lo que sucedería si la policía supiera quién es realmente tu señor padre. Y te aseguro que lo sabrán si no eres amable conmigo.

Asustada, Nancy no acertó a replicar hasta pasados unos instantes. Entonces dijo con voz entrecortada:

—Nunca accederé a sus sucias pretensiones, señor Skarn. ¡Nunca!

—¿Y permitirás que encierren a tu padre por el resto de sus días?

—¿Encerrarlo?

—Naturalmente. La justicia nunca olvida. Tienen una memoria de elefante... Sólo falta que alguien les diga dónde pueden encontrar a Mort Durance y verás lo rápidamente que echan el guante a tu papaíto, a pesar de su parálisis.

—¡Pero él no se llama Durance!

—Ya lo sé, pero ése es el nombre que utilizaba para sus andanzas. Nos conocemos bien... Demasiado bien. ¿Vas a decirme que no lo sabías?

—¡Claro que no lo sabía! Ni lo creo ahora..., como no lo creeré nunca. Quiere usted emponzoñar mi confianza en papá, sólo para satisfacer sus ansias miserables... ¡Es usted odioso, miserable!

—Así me gustas, muchacha...

—¡Váyase!

—Seguro, tengo que ver a los demás. Pero esta noche volveré a verte. Ya te diré la hora. Y vendrás si no quieres ver a tu padre entre rejas otra vez.

—¡Falso! Él no ha estado nunca entre rejas.

—Qué sabes tú, pequeña tonta... Casi me convences de que ignoras el pasado del viejo. Eres una actriz maravillosa, de veras... Ya lo creo que estuvo encerrado... Todo un año, y le quedaban quince más cuando logró evadirse... y se esfumó.

—¡No es cierto, no puede ser cierto!

Su voz se rompió en un violento sollozo. Un tanto sorprendido, Skarn la miró largamente con las cejas enarcadas. Luego masculló:

—¿De veras no sabías eso, nena?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Ni lo creo ahora —susurró entre sollozos.

—Como quieras. De todas formas, harás lo que yo te ordene, porque de lo contrario tu padre volverá a San Quintín por el resto de su vida. Piénsalo.

Antes de que ella pudiera replicar, el *gangster* había girado sobre sus talones, alejándose y dejándola sola en la sala.

A Nancy se le antojó que el mundo, su mundo, se resquebrajaba, haciéndose pedazos a su alrededor, sumergiéndola en un doloroso mar de dudas e incertidumbres. No podía ser cierto aquello. Sería espantoso...

Pero recordó aquel año que ella estuvo interna en un colegio, las contadas cartas que recibió de su padre..., la vaguedad de sus noticias y la imposibilidad de escribirle por desconocer su domicilio fijo...

Claro que él, a su regreso, le había dicho que pasó todo aquel tiempo viajando, después de separarse de la mujer que había amado...

Pero, ¿y si era cierto lo que aquel repugnante Skarn le acababa de decir?

Por el momento, la cruel duda se había aposentado en su corazón. Nancy pensó que ya jamás podría desalojarla de él, a menos de enfrentarse con su padre y exigirle la verdad.

Y ella sabía que eso era imposible, porque si resultaba cierto que había estado en la cárcel..., ella no podría resistirlo. Y él moriría, porque su corazón estaba tan débil que la menor alteración acabaría con su frágil vida.

Sollozando, corrió a encerrarse en su habitación. Necesitaba serenarse... y pensar. Sobre todo pensar.

CAPÍTULO VII

El cielo se había encapotado al anochecer. Un viento racheado soplabla con violencia, doblando los árboles y arrancando extraños lamentos a la oscura noche.

En su habitación, John Silk acabó de cenar y se recostó en su sillón, estremeciéndose al escuchar el lúgubre aullido del viento.

Nancy entró, para acomodarlo como todas las noches. Su padre, a pesar de encontrarse distraído con sus remotos pensamientos, advirtió la alterada expresión de la muchacha apenas se hubo cerrado la puerta.

—Nancy...

—Dime, papá.

Retiró el servicio y corrió las sábanas de la cama.

—¿Qué te ha sucedido?

—Nada. ¿Qué te hace pensar que puede haberme sucedido algo?

—Tú has llorado. Te conozco bien, pequeña. ¿Alguno de esos forasteros te ha molestado?

—Figuraciones tuyas, papá.

—¡Basta de eso! ¿Acaso Bill...?

—¡Papá, por favor!

—Me sorprende que esa cabeza loca se haya quedado a pasar la noche aquí, Nancy. Es la primera vez que lo hace, y precisamente esta noche apareces tú con señales evidentes de haber estado llorando. Mira, si Bill ha querido llegar más lejos que...

—¡Te aseguro que no ocurre nada! —estalló la muchacha, con los nervios tensos.

—¿Y por qué tus lágrimas entonces?

—No es nada, papá... Cosas de mujeres, cambios de humor. Ya deberías saberlo a tus años.

—Y tú debieras saber que no puedes mentirme sin que me dé cuenta. Nancy...

—Eso es todo, papá. No me ocurre nada, todo está bien y yo tengo una enormidad de trabajo esta noche. ¿Quieres que te ayude a acostarte?

—No, puedo valerme por mí mismo... Es cierto que estás muy atareada con toda esa gente en el parador. Lo lamento...

—No importa. Que descanses, papá. Vendré a verte antes de

acostarme.

—No lo hagas. Estaré durmiendo, como siempre.

Inclinándose, le besó en la mejilla hirsuta y mal afeitada. Luego salió de la habitación con las dudas arañándole el corazón.

Mientras se dirigía al bar, donde habían quedado reunidos todos los huéspedes, el trueno retumbó sobre el bosque haciendo tintinear los cristales. Hasta la noche se había vuelto contra ella, pensó.

Joe Skarn y el gigantesco guardaespaldas jugaban a los dados en una mesa, contemplados con evidente aburrimiento por la rubia, cuyas miradas sólo se animaban cuando se dirigían hacia el mostrador, donde estaba Bill, encaramado a un taburete, con expresión huraña.

En otra mesa cercana, Max y su compañero fumaban en silencio, con rostros inexpresivos.

Fuera, la lluvia comenzó a repiquetear sobre la grava, contra los cristales y las paredes de madera, fuerte, espesa, como si de repente el cielo hubiera decidido soltar todo su lastre. A través de la ventana; estallaba de vez en cuando el brillante resplandor de un relámpago.

Nancy se detuvo en el umbral, indecisa. Captaba perfectamente la extremada tensión del ambiente, tan cargado de electricidad como el firmamento exterior.

Bill fue el primero en descubrirla y, saltando del taburete, fue en su busca y la acompañó al bar.

Skarn levantó la mirada y sus ojos pálidos se clavaron en la muchacha sin expresión alguna. También los demás trasladaron a ella su atención, pero nadie rompió el silencio.

Con voz contenida, Bill murmuró:

—He recordado quién es Skarn, Nancy... Tengo que salir de aquí.

Ella contuvo a duras penas su sobresalto.

—No puedes hacerlo. Te vigilarán, seguro.

—Correré el riesgo. Es un pistolero... Leí sobre él hace mucho tiempo. Están aquí por alguna razón, o no se hubieran arriesgado a retenerme. La policía de Fairdale nos ayudará.

—¿Y cómo piensas llegar allá? Y en una noche como esta, con la tormenta encima.

—Utilizaré tu «Ford» si me das las llaves. No creo que oigan el motor con todo ese estrépito ahí fuera... Además, el garaje esté en la parte trasera. Esperaré a que se hayan acostado.

Ella titubeó. Luego digo en un susurro:

—No te vayas, Bill...

—¿Por qué? Tengo que...

—Por favor, quédate.

El la miró, sin comprender.

Ella añadió, muy bajo:

—Tengo miedo.

—Comprendo... Skarn, ¿eh?

Ese hombre me produce escalofríos mira.

—El maldito... Si por lo menos tuviera un arma...

—¿Te quedarás, Bill?

—Está bien, pero no sé cómo podremos mantenerlos a raya en un caso de apuro...

Antes que ella pudiera replicar. Skarn agitó la mano llamando a Nancy. Tras una vacilación, la muchacha se acercó a la mesa.

La voz autoritaria y desagradable del forajido ordenó:

—Prepara otra habitación, monada..., una que sea tranquila, ¿entiendes? Para Helen.

La aludida se sobresaltó, tomada por sorpresa.

—¿Otra habitación para mí? —exclamó, atónita.

—Eso he dicho. Quiero que descanses bien esta noche. Mañana tendremos que viajar durante horas.

El descarado sarcasmo de su voz no pasó inadvertido para nadie.

Desde su mesa, Max miró al pistolero y luego a la rubia. La vio completamente desconcertada. Después, al mirar el rostro de Nancy, se sorprendió al descubrir su extrema palidez. Arrugó el entrecejo, pensativo, y su atención se trasladó otra vez a Skarn.

Nancy no supo qué decir. Ella comprendía perfectamente cuáles eran los designios de aquel hombre. Sabía lo que se avecinaba y su voluntad negábase a responder a sus llamadas.

—¿No me has oído, preciosa? —insistió Skarn con sarcasmo.

—Sí..., sí, la prepararé ahora mismo.

—Magnífico...

Inesperadamente, Skarn alargó la mano y sujetó a Nancy por la muñeca, riendo silenciosamente.

—Me gusta que todo el mundo obedezca mis órdenes sin replicar, nena..., especialmente las mujeres. Deben ser sumisas...

—¡Suéltela, hijo de perra!

Bill brincó fuera del taburete, precipitándose hacia la mesa de Skarn ciego de ira. Entonces sucedieron varias cosas a un tiempo.

Nancy gritó, aterrorizada. Skarn llevóse la mano a la axila, mientras empezaba a levantarse arrojando la silla hacia atrás. El gorila arrojó los dados violentamente y se puso en pie de un salto, mientras su jefe lograba extraer un chato revólver.

Y Max, moviéndose con una velocidad centelleante, cortó el paso de Bill propinándole un seco trallazo al mentón que lo detuvo en seco.

Después, el muchacho se desplomó pesadamente. Gus lo cazó al

vuelo antes que cayera al suelo, dejándolo sobre una silla como si fuera un fardo quebradizo.

Nancy gritó nuevamente, precipitándose al lado del inconsciente Bill, mientras Skarn empezaba a reír otra vez como una hiena.

La única que había conservado la serenidad, casi la inmovilidad, había sido Helen, cuyos ojos entrecerrados habían seguido el corto alboroto como los de un espectador medianamente interesado.

Fuera, un trueno retumbó haciendo tintinear los cristales. Otro relámpago chispeó a través de la ventana.

En el salón del bar reinó un momentáneo silencio. Después, Nancy, con la mirada brillando agresivamente, volvió la cabeza y clavó los ojos en Max con inusitada furia.

—¡Usted..., usted tenía que ser, maldito canalla...!

Skarn siguió riendo. Guardó el revólver y volvió a sentarse.

Instantes después, todos volvían a ocupar sus respectivos lugares excepto Nancy, que seguía arrodillada al lado de Bill, todavía inconsciente.

La tormenta no sólo había estallado en el exterior, sino dentro de aquellas paredes...

CAPÍTULO VIII

Nancy cerró la puerta y quedose en la oscuridad, apoyada contra la madera como si le faltasen las fuerzas. Después, encendió la luz y el despacho se iluminó mostrándole la familiaridad de sus muebles viejos, de su raída alfombra, de las estanterías con algunos libros, del viejo archivador, los montones de papeles que nunca había examinado.

En los primeros tiempos de regentar el parador, su padre se pasaba horas encerrado en aquel despacho.

Después, perdió todo interés por los libros de contabilidad y las anotaciones, y a medida que pasó el tiempo dejó de frecuentar la pieza, para estar más horas al aire libre.

Nancy miró todo aquello como si lo viera por primera vez, a pesar de que varias veces por semana entraba para limpiar y quitar el polvo.

Cuando se decidió a moverse, acercóse a la mesa con evidente indecisión. Creía que si era cierto que en el pasado de su padre existía algo misterioso, en el despacho debería encontrar algo capaz de confirmarlo. Sería una manera de salir de dudas sin necesidad de enfrentarse al anciano.

Comenzó por examinar los montones de papeles, pero pronto se convenció de que no le dirían nada de interés. Eran viejas cuentas, facturas saldadas y que no fueron archivadas en su tiempo, cartas y anotaciones que carecían de valor.

Luego, se dedicó a registrar los cajones de la mesa uno por uno. Se asombró de la cantidad de objetos inservibles que contenían. Cosas que fueron olvidadas tiempo atrás por su padre y allí habían quedado hasta que alguien se decidiera a tirarlas. Incluso viejas pipas, de cuando su padre todavía fumaba...

Fue en el último de la derecha donde encontró el viejo revólver. Se le antojó enorme, un arma mortífera y fea, con su largo cañón y panzudo tambor. Estaba allí desde quién sabía cuándo..., nunca lo había visto porque era la primera vez que se atrevía a registrar aquella mesa. No obstante, el corazón le dio un vuelco y quedó como fascinada mirando el arma.

Cuando pudo decidirse a tocarla, comprobó que las recámaras contenían cada una su correspondiente cartucho. Pesaba una

enormidad. Volvió a dejarlo donde estaba. Cerró el cajón y se echó hacia atrás respirando agitadamente.

Bueno, después de todo, un revólver no indica precisamente que su poseedor sea un malhechor... Cualquiera puede tener un arma, especialmente si vive en un lugar desértico como el parador.

Esa reflexión la tranquilizó en parte y siguió con el registro. El archivador no le reveló nada. La mayoría de gavetas estaban vacías, y otras contenían copias de las facturas de clientes, reflejando una época de pasado esplendor.

Lo cerró y miró a su alrededor con desconcierto. No encontraría nada, «no podía» encontrar nada, se repitió una vez más, porque todo lo que el repugnante Joe Skarn había dicho de su padre era falso...

Entonces recordó las viejas películas de la televisión. En ellas, los policías siempre registraban los libros. Casi siempre encontraban los documentos comprometedores entre las hojas de alguno de ellos. Tal vez...

Los fue sacando uno a uno, sacudiéndolos boca abajo mientras los sostenía por el lomo. Pronto se convenció de que tampoco entre ellos podría encontrar nada capaz de sacarla de su terrible incertidumbre.

Estaba a punto de abandonar aquella tarea cuando descubrió la vieja cartera, detrás de unos libros de rústica encuadernación. El corazón se lanzó a un galope desenfrenado, impulsando la sangre a un ritmo que le hizo daño. Allí estaba..., debía ser aquello...

Su mano temblaba cuando se apoderó de la cartera de cuero. Era apenas un billetero de bolsillo, y al abrirlo vio que sólo contenía una licencia de conducir, amarillenta, puesta en un estuche de plástico. Nada más... ¿O sí? Había también un pedazo de periódico..., un recorte que sacó con dedos helados.

Sintió deseos de gritar al ver que en el trozo de diario no había más que la fotografía de su padre, evidentemente mucho más joven, pero era él sin la menor duda. Había sido recortada procurando que ni una letra del artículo que debió acompañarla quedase en el papel.

Algo estaba sucediéndole a su corazón, a sus entrañas..., algo que se desgarraba poco a poco, lacerándola, doliéndole...

¿Por qué una foto de su padre había sido publicada en los periódicos, años atrás? A juzgar por el aspecto del hombre, debió ser poco más o menos en la época inmediatamente anterior a su ingreso en el internado...

Entonces atinó a leer el permiso de conducir.

Estaba extendido a nombre de Mort Durance.

No pudo contener un gemido. Sus piernas se aflojaron y ella se

tambaleó a punto de desplomarse.

Era cierto. Su padre, el hombre que adoraba como una especie de ídolo, era un delincuente, un fugitivo evadido de la cárcel...

Repentinamente, la cartera pareció quemarle las manos. La dejó precipitadamente donde la había encontrado y colocó otra vez los libros, ocultándola. Tras esto, hubo de sentarse para no caer al suelo como una muñeca rota.

Quiso sollozar, llorar a gritos, dar rienda suelta a la terrible desilusión sufrida, a la espantosa angustia que acababa de invadirla...

El hombre a quien había consagrado su juventud para cuidarlo, al que había rodeado de cariño, de inmenso afecto..., un delincuente.

Esa era la escueta verdad.

Y no podía llorar. Las lágrimas se negaban a acudir a su llamada. Sólo en sus entrañas ardía el dolor del descubrimiento, de la destrucción de la imagen ideal que se había formado a lo largo de los años.

Cuando recobró la conciencia del lugar en que se hallaba, hizo un esfuerzo y, levantándose, abandonó el despacho tras apagar las luces.

Mort Durance. El nombre jamás podría borrarse de su mente, como grabado a fuego. Se sintió atrapada en una red viscosa, invisible, pero terriblemente eficaz. Supo en aquel instante que no podría dejar que su padre fuera detenido..., porque eso significaría su muerte sin la menor duda. Descubrió también, en el oscuro pasillo, que seguía queriendo a aquel hombre como si nada hubiera sucedido.

Y sólo había una manera de evitar el trágico final del anciano...

Una manera horrible.

Entonces sí acudieron las lágrimas. Llorando, se dirigió a preparar la otra habitación ordenada por Skarn...

* * *

Max arrojó la punta del cigarrillo a un lado. Gus alargó el pie y la pisoteó con energía.

—Recuerda que el suelo es de tablas, viejo —comentó—. ¿Por qué esos nervios? Es un negocio como otro cualquiera, ¿eh?

—Tonterías. Skarn me saca de quicio. No debimos hacer ese trato con él.

—Bueno, fue quien hizo la oferta más alta...

—¡Al demonio con eso! Trama algo, Gus.

—¿Contra nosotros? Estás viendo fantasmas, muchacho. La tormenta ha alterado tus nervios.

—He soportado tormentas cien veces más violentas que ésa, en los trópicos, y mis nervios jamás se han alterado. Es ese cerdo... y sus malditos ojos.

Gus le miró curiosamente. Arrugó el entrecejo y repentinamente creyó comprender.

—La chica —rechinó—. Estás inquieto por ella, ¿no es así?

—¿Nancy?

—Ajá.

—Es bastante mayor para...

—No me tomes por tonto, Max. Yo también he visto cómo la mira. Parece desnudarla con sus ojos de reptil. Bueno, no es nada que deba importarnos, pero tú sí te preocupas por ella. ¿Tanto te impresiona?

—Escucha, Gus: has vivido el tiempo suficiente a mí lado para saber cuál es mi manera de pensar respecto a las mujeres. Saben cuidarse solas... Lo saben muy bien. Lo comprobé a mis expensas. Pero esa chiquilla es distinta, tiene algo que nunca había encontrado en otras.

Gus rio sin alegría.

—Te ha cazado, Max.

—¡No seas idiota! Estoy hablando en serio.

—Y yo también. Te ha casado como a un cadete —repitió su compañero con voz machacona.

—No se trata de eso... En realidad, no puedo explicarte de qué se trata, porque no lo sé... Sólo que presiento que Joe planea algo sucio. ¿Has observado cómo se comporta su «torpedo»?

—¿El «pequeño» Spivack? Revolotea alrededor nuestro como una mariposa, si es que un hipopótamo puede compararse a una mariposa. Bueno, vigila. Para eso le pagan, ¿no?

—Tal vez.

—Y vigila también a ese chico, el pintor. Fue una estupidez obligarlo a quedarse aquí esta noche.

—Díselo a Joe.

Max abrió el armario y sacó el pequeño maletín de piel. Pareció acariciarlo unos instantes. Gus suspiró.

—Nuestro retiro, Max —comentó con sorna—. Olvidémonos de todo lo demás. Tienes en las manos la llave de la felicidad. ¿Para qué preocuparnos?

Max gruñó entre dientes una maldición. Dejó el maletín sobre la mesa y quedóse mirándolo con ojos entrecerrados.

—Vamos a terminar con esto, Gus.

—¿Ahora?

—Sí.

—Joe ha dicho que esperemos hasta que estén todos en sus habitaciones...

—¡Al demonio con lo que haya dicho! Vamos a salir de dudas de una maldita vez. Mantén los ojos muy abiertos. Y ten cuidado con Spivack. Sólo como precaución, ¿entiendes?

—Está bien, tú eres el capitán de esta nave. Pero insisto que te precipitas. Joe tiene razón en eso de aguardar hasta que todos estén acostados...

Max titubeó. Le pareció ver los turbios ojos del pistolero siguiendo a Nancy por todas partes, como si quisiera tender un invisible y viscoso tentáculo entre ella y él...

—Tú ganas —farfulló entre dientes—. Volvamos al bar y veamos qué ocurre.

Volvió a colocar el maletín dentro del armario, cerró éste con llave y ambos abandonaron la habitación.

En el rellano de la escalera, Max se detuvo en seco. Le pareció escuchar un sollozo ahogado, y al escrutar las sombras reinantes al fondo del pasillo vio una forma humana que se deslizaba hasta desaparecer.

—Nancy... —susurró.

—¿Seguro?

—¿Quién más podría ser? Era una muchacha., y Helen debe estar en el bar.

—Bueno, pues si era ella estaba sollozando. ¿Crees que Joe...?

—Quizá.

Descendieron las escaleras. Gus pensó que, después de todo, quizá su formidable negocio se iría al demonio, barriendo todos sus sueños de paz en Monte Bay.

Encogiéndose de hombros, siguió a su amigo, notando también él una vaga inquietud.

CAPÍTULO IX

La tormenta rugía en todo su apogeo sobre el parador, como si se hubiera encastillado allí entre el rugir del viento y el fragor de los truenos. Llameantes relámpagos centelleaban casi de continuo y su resplandor penetraba a través de los cristales haciendo palidecer las luces del bar.

En la barra, Helen susurró:

—Cierra los postigos, Bill, por favor.

El muchacho enderezó el cuello. Había estado sumido en locos proyectos de huida.

—¿Qué decías?

—Tengo miedo... Cierra la ventana...

Lo hizo. Cuando se desplazó, la vigilante mirada de Spivack no se despegó de él ni un segundo. Luego le siguió de regreso a la barra.

La voz cargada de sarcasmo comentó:

—¿Te gusta el pintamonas, Helen?

Esta se volvió en su taburete. Joe Skarn se reía de aquella manera suya, en silencio, como si fuera mudo.

—¿Y qué si fuera así? —espetó Helen—. Estoy cansada de eso. No comprendo por qué hemos venido aquí, y con esa tormenta encima...

—La tormenta no te hará ningún daño, querida.

Lo dijo como dando a entender que otras cosas sí podrían hacérselo. Bill volvió a colocarse detrás de la barra y se mordió los labios para no iniciar una discusión.

Un trueno, más violento que los demás, estremeció todo el edificio. Helen dio un respingo.

—¿Cuánto va a durar eso, Bill? —murmuró.

—Pasará pronto. Todas esas tormentas de verano son así. Un gran estallido y luego nada.

—No comprendo cómo puede gustarte vivir en los bosques...

—También me gusta la ciudad, pero no cuando deseo pintar. A ti te gustaría también, si hubieses venido aquí en otras circunstancias. Sin escolta, quiero decir.

—¿Tú crees?

Bill no respondió. Sus ojos cargados de resentimiento acababan

de posarse sobre Max y el otro hombre. Los dos se habían detenido en el umbral. La voz sonora de Max dijo:

—Una selecta reunión de sociedad, Joe. ¿Nadie piensa en acostarse todavía?

—La tormenta los pone nerviosos —rio el *gangster*, tirando los dados—. Quizá esperan ver aparecer un fantasma en cualquier momento. La noche es ideal para las apariciones. ¿Verdad, Paul?

—Seguro.

El gigante no movió ni siquiera los labios. Estudió la jugada, tomó una anotación y empezó a agitar el cubilete con energía.

Sin mirarle, Skarn preguntó:

—¿Has visto a la chica, Max?

Bill se enderezó. Max gruñó:

—No.

—Estará preparando la habitación —repuso Hetea con voz indecisa.

—Eso creo...

Gus, que se había quedado en la puerta mientras Max iba a sentarse a la misma mesa que ocupara anteriormente, comentó:

—Estoy pensando que te estás pasando de listo, Joe.

Este le miró sin expresión.

—¿Sí?

—Has obligado a quedarse al muchacho, sólo porque ha metido las narices en tu coche. Bueno. Supongo que temes que alguien se entere que estás aquí y venga a olfatear, ¿no es eso?

—Algo hay de cierto. ¿Qué estás tratando de decirme, Gus?

—Debe haber un teléfono en alguna parte, la chica puede haber llamado a Fairdale una docena de veces.

—¿Eso crees? Me gustaría saber cómo puede telefonar con los cables cortados. Yo nunca me dejo cabos sueltos, muchacho.

—Ya veo.

—Que alguien prepare unos tragos. Estoy seco —ordenó Joe.

Nadie se movió. El pistolero giró la cabeza y examinó la cara tensa de Bill, que seguía detrás del mostrador.

—Bueno, muchacho...

—¡Váyase al infierno, bastardo! Que me cuelguen si le sirvo una gota de agua.

—Tal vez te cuelguen por mucho menos..., empiezo a cansarme de ti. Trae la botella Paul.

El gigante se levantó, anduvo hacia el mostrador y, apoderándose de una botella entera, regresó a la mesa con su andar cansino. Los dos bebieron y siguieron jugando. El repiqueteo de los dados fue el único sonido que se escuchó durante unos minutos.

En el mostrador, Helen volvió la cabeza para echar un vistazo a Joe Skarn. Vio que estaba distraído con los dados y murmuró:

—¿Sabes qué estaba pensando, Bill?

—Dímelo.

—Me gustaría conocer esa casa tuya..., ese lugar donde pintas.

Un tanto sorprendido, el muchacho se encogió de hombros.

—Eso va a ser difícil, Helen. Tu patrón no creo que te permita pasear por tu cuenta, y menos en mi compañía. Cuando hayan terminado lo que han venido a hacer aquí, te irás con ellos y asunto concluido.

Ella estuvo observándole unos instantes. Luego dijo:

—Yo no soy propiedad de nadie, Bill. Puedo ir adonde se me antoje.

—Lo dudo.

—Crees que soy la amante de Joe, ¿no es cierto?

—Bueno, él va a darte una oportunidad en tu carrera. Sé cómo son estas cosas. Los tipos como Skarn no dan nada sin cobrarse intereses por ello.

—Él quiere que lo sea —murmuró la muchacha, como si hablara consigo misma—. Me ha ofrecido un apartamento... y dinero. Mucho dinero, además del espectáculo.

El no replicó. Sus ojos como llamas no se apartaban del pistolero.

—¿No me escuchas?

—Sí.

—Pero no me crees.

—No.

La lluvia resonaba contra las paredes como el tableteo de una ametralladora, impulsada por el viento huracanado. No obstante, la tormenta se alejaba ya. Los truenos estallaban cada vez más lejanos y la luz ya no oscilaba con los relámpagos. Su furia cedía poco a poco, mientras en el interior del motel, dentro de aquella estancia, la tensión crecía en la misma proporción inversa.

Gus, que había terminado por sentarse en compañía de Max, masculló:

—Estamos perdiendo un tiempo precioso. Sospecho que Joe disfruta llevando las cosas a sus extremos.

—He estado pensando en eso, Gus —murmuró Max.

—¿Y qué?

—Creo que empiezo a ver su juego.

—Entonces tiene la vista más aguda que yo. Todo lo que hago es ponerme más nervioso a cada minuto que pasa.

—Eso es precisamente lo que Joe quiere.

—¿Cómo?

—Quiere ponernos nerviosos.

—Es absurdo.

—No lo es. Ese hijo de perra...

Se interrumpió al entrar Nancy en aquel instante. Todas las cabezas se volvieron a mirarla. Profundos círculos oscuros rodeaban sus irritados ojos. Era evidente que había estado llorando.

—La habitación está preparada —murmuró, sin atreverse a mirar al forajido.

Joe soltó una risita.

—Magnífico. Pero te ha llevado mucho tiempo, paloma.

—Tenía que ver a papá... por si necesitaba algo.

—Claro, claro. Tu querido papáito. Bien, Helen...

La aludida se volvió. La voz de Skarn no admitía réplica cuando ordenó:

—Es hora de acostarse. La chica te llevará a la habitación. Y no salgas de ella hasta que te llame, por la mañana.

—Escucha, Joe...

Su protesta se cortó cuando el pistolero levantó la mirada y sus ojos helados se fijaron en la muchacha. Ya no replicó más, sino que saltó del taburete, disponiéndose a seguir a Nancy.

No obstante, todavía murmuró, dirigiéndose a Bill:

—¿Querrás llevarme a tu cabaña? Sólo para que te vea pintar...

Tomado de sorpresa, el muchacho no acertó a responder enseguida.

—Dime, ¿me llevarás?

—Sí, Helen.

Ella le sonrió. Un instante después, las dos mujeres salieron del bar sin pronunciar una sola palabra más.

Nancy guio a su huésped sin despegar los labios. Detrás de ella, Helen no apartaba la mirada de la juvenil figura de ella, quizá admirando la grácil armonía de sus movimientos, o tal vez captando la tensión que la dominaba.

Sólo cuando Nancy abrió la puerta de la habitación, Helen se detuvo en el umbral y dijo con voz suave:

—¿Puedo darle un consejo, Nancy?

Esta se encogió de hombros.

—Acuéstese y cierre su habitación por dentro. No la abra por nada ni por nadie, ¿entiende?

—Creo que sí...

—Buena chica. Hasta mañana.

Entró. Nancy se quedó sola en el pasillo. Era justamente lo que hubiera querido hacer; acostarse y cerrar la puerta y no abrir hasta que la luz del día hubiese barrido las sombras y los negros temores.

Pero sabía que no podía hacerlo, que no lo haría porque eso

sería tanto como sentenciar a su padre...

Retrocedió despacio, con la terrible angustia atenazándole el corazón. Imaginó los muertos ojos de Skarn desnudándola con la mirada, vio la repugnante expresión de su rostro y casi sintió el viscoso contacto de sus manos en su cuerpo.

Entonces supo que jamás podría someterse a él. Nunca dejaría que la tocara.

Se detuvo. Debía evitarlo por cualquier medio. Quizá si pudiera asustarlo, mantenerlo a raya...

Y la idea surgió como un chispazo. El revólver. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Corrió al despacho sin detenerse a reflexionar en lo poco que le serviría un arma para evitar que su padre fuese delatado. Sólo ansiaba tenerla en las manos cuando aquel repugnante rufián se acercase a ella.

Abrió el cajón, introdujo la mano...

El grito ahogado surgió de sus labios sin que lo pudiera evitar.

El revólver había desaparecido.

Creyó que iba a desmayarse. Necesitaba un arma. ¡La necesitaba!

¿Quién había podido apoderarse del mortífero revólver?

Volvió a salir precipitadamente. Podría saberlo con sólo ver quién faltaba del bar... Bill, quizá.

Y Bill no estaba detrás del mostrador. Pero tampoco ocupaban sus puestos el gigante ni Gus... Sólo Skarn y Max estaban reunidos en una mesa, hablando en voz baja. Sintió como un mareo producido por la atenazante angustia.

Tras unos instantes, Joe ordenó con su voz sin inflexiones:

—Puedes irte a tu habitación, preciosa. Los demás ya se han acostado.

Ella no se movió. No hubiera podido moverse.

Max dijo:

—Sírreme un whisky antes de irte, pequeña...

—Tenemos una botella aquí —gruñó Skarn—. Que se vaya.

—Lo quiero con hielo.

Como un autómatas, Nancy pasó al otro lado del mostrador y preparó el hielo en un vaso. Tras esto, lo llevó a la mesa, sintiendo la sucia mirada de Skarn fija en ella.

Pero lo que la dejó helada fue su voz cuando dijo: —Ahora, vete, paloma. Cuando te necesite te llamaré.

Sabía lo que quería decir. Ya no tenía escapatoria. Creyó morir sólo con imaginar lo que aquella llamada significaría.

Retrocedió poco a poco. Una sonrisa sarcástica apareció en los labios del pistolero. Nancy supo que aquel hombre estaba gozando

con sólo ver su angustia.

Sólo la voz de Max pareció un soplo de aire fresco en la cargada atmósfera:

—Buenas noches, Nancy...

Salió. En el pasillo casi se tropezó con Gus y el gigantesco guardaespaldas de Skarn. Pensó que no era cierto qué hubieran ido a acostarse. Comprendió, que, realmente, quien había sido obligado a encerrarse en una habitación había sido Bill.

No le quedaba ni el consuelo de recurrir a él.

Gus murmuró algo que no comprendió. Corriendo, entró en su habitación y se echó de bruces sobre la cama. No cerró la puerta con llave. ¿Para qué?

CAPÍTULO X

Gus depositó el maletín sobre la mesa. Skarn se recostó en la silla, sin apartar los ojos del rostro de Max, sentado al otro lado.

—Paul, enséñales el color de nuestro dinero.

Spivack levantó la gruesa cartera de mano, dejándola al lado del maletín. Otra de idéntica quedó en el suelo. Abrió la primera. Apretados fajos de billetes aparecieron a la vista.

Gus suspiró ruidosamente.

—La otra —ordenó Skarn...

El gorila repitió la operación. También estaba abarrotada de billetes.

El silencio contemplativo duró casi un minuto. Después, Gus masculló:

—Mi pensión de retiro.

Ese comentario pareció romper el magnetismo del momento.

Max tomó el maletín y lo abrió. Dentro aparecieron una serie de prendas masculinas. Las sacó con dedos nerviosos. Debajo, un grueso envoltorio de terciopelo quedó a la vista. Lo sacó, y comenzó a desenvolverlo con forzada calma.

Entretanto, Skarn comentó:

—Con un millón contante y sonante puedes hacer muchas cosas, Max...

—Seguro. Pero más harás tú con dos millones de... «esto».

Bajo la lámpara del techo, una catarata de chispas de luz centelleó sobre el terciopelo. Skarn dejó escapar una exclamación.

¡Diamantes!

Dos millones en diamantes; puros y refulgentes diamantes.

Los acarició con dedos torpes.

—Jamás había visto nada igual —suspiró—. Será un buen equipaje para mi viaje a Europa.

—¿Europa? —gruñó Max—. No sabía que pensaras cambiar de aires.

—Las cosas se me han puesto feas aquí... ¿Por qué crees si no que hago esta operación? Es más fácil camuflar ese pequeño paquete de pedruscos que dos millones en billetes. Puedes apostar a que los aduaneros se fijarán en mí con mucho cuidado.

—Ya veo.

—No cabe duda que es un espectáculo fascinante, ¿eh, Max?

Acarició las gemas con dedos que temblaban.

Gus dijo:

—No fue fácil sacarlos de África, Joe. Casi dejamos el pellejo en la maldita selva. No volvería a repetir aquella condenada marcha ni por un millón... Descontando éste, naturalmente.

Rio entre dientes. Nadie pareció haberle escuchado. Joe lio otra vez el terciopelo, haciendo desaparecer el resplandor de los diamantes. Luego, guardó el envoltorio en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Ahora todo el mundo a la cama, muchachos —dijo con forzada jovialidad—. Espero que nadie tenga ideas geniales esta noche.

—¿A qué te refieres?

Rio otra vez.

—Quizá pienses que sería un negocio redondo quedarte con el millón... y los diamantes, Max. Pero te aseguro que resultaría fatal... para ti.

—Ya veo. Juzgas a los demás según tu retorcido patrón. Bueno, lo mismo estaba pensando yo respecto a ti. Nosotros nos largaremos tan pronto cese de llover.

—No.

—¿Cómo?

—Nadie saldrá de aquí hasta la mañana, después que nos hayamos largado nosotros. Soy un tipo precavido, tú sabes.

—No me gusta eso, Joe.

—¡Al demonio con lo que te guste! Tú y tu compinche os quedaréis aquí, ¿entendido? Paul va a encargarse de montar guardia toda la noche, de manera que será mejor que haya paz, ¿comprendido?

—Okey, estás llevando las cosas tan lejos que pueden estallarte en tus propias narices, pero tú eres quien lleva la batuta. Vamos, Gus.

Cenaron las dos carteras y abandonaron el bar. Tras asegurarse de que no les seguían, Max susurró:

—Tendremos que dormir por turnos, Gus. Te apuesto que esta noche va a ser un tanto agitada.

—¿Crees que nos traicionarán?

—Es más que posible. ¿Dónde está el muchacho?

—¿El pintor? En una habitación interior, con la puerta cerrada con llave. No puede escapar, Max. ¿Por qué te preocupa?

—Sólo quiero tener situado a todo el mundo. ¿Estás seguro que no puede salir de su habitación?

—Por lo menos, Spivack se ha guardado la llave. Y la única

ventana está protegida por una reja, de manera que no creo que escape. Sería una maldita cosa que lograra dar la alarma y perdiéramos la cosecha, ¿eh? Después de lo que nos costó sacar esos pedruscos de las selvas, sin pagar aduana...

Rio por lo bajo cuando entraban en la habitación. Dejaron las carteras de mano en el armario y Max sacó un revólver de cañón corto, calibre 38, comprobando la carga.

—Duerme tú primero —dijo—. Cuando me venza el sueño te llamaré.

—Bueno, pero no tengo sueño todavía. Ese montón de billetes me ha desvelado.

Sacó un cigarrillo, encendiéndolo, y después de tenderse sobre el lecho, comentó:

—La tormenta ha cesado, Max... Estoy tentado de dar esquinazo a Joe y largarnos... ¿Qué te parece?

—No.

—¿Crees que podría cerrarnos el paso?

—Podríamos escapar si nos daba la gana, pero no quiero irme todavía. Algo va a suceder esta noche.

—Eres un pájaro de mal agüero, Max. ¿Qué puede suceder?

—¿Por qué Joe ha obligado a Helen a ocupar otra habitación?

Gus tardó en responder. Arrugó el entrecejo y finalmente gruñó:

—Ha querido alejarla de él, ¿no es eso?

—Aja. Y le ha ordenado que no salga de la habitación hasta que la llame mañana.

—Nancy... Le ha echado el ojo.

—Eso es lo que temo.

—¿Y...?

—Voy a impedido —murmuró con voz ronca.

—¿Exponiéndote a que se arme una batalla y perdamos el millón?

—Tú te encargarás de cuidado. Yo me encargaré de la muchacha.

—Está bien, ya debería saber que es inútil tratar de discutir contigo. Pero insisto en que es una estupidez arriesgarlo todo por unas faldas.

Max no replicó, encaminándose a la puerta. Antes de abrirla dijo:

—No intervengas en esto a menos que oigas un disparo, ¿entendido? Limitate a guardar el dinero.

—Escucha, Max...

—¿Sí?

—Los dos arriesgamos la vida una docena de veces para conseguir sacar de África ese montón de pedruscos. No es que

quiera hacer valer mis derechos sobre esa cantidad, tú me conoces bien. Pero opino que, con todo ese dinero en juego, no deberíamos poner en peligro el resultado de la operación sólo por una muchacha...

—Tú conoces a Skarn mejor que yo, Gus. ¿Imaginas lo que le sucederá a esa chica, si ese puerco logra ponerle la mano encima?

Gus titubeó. Durante unos instantes no se atrevió a mirar a su amigo.

No obstante, al fin murmuró:

—Okey, tú ganas. Sólo que si hay jaleo me gustaría intervenir. ¿Conforme?

—Sabía que podía contar contigo.

Max abrió la puerta, disponiéndose a salir de la habitación. Pero se detuvo en seco al tropezar con el negro -cañón de una automática de gran calibre. Detrás de la pistola estaba Paul Spivack.

—¿Pensaba ir a alguna parte, amigo? —gruñó el matón.

—Vaya, Joe nos ha puesto escolta.

—Vuelva a entrar ahí y duerma tranquilo. Esta noche no es saludable para ustedes.

Gus, que se había levantado al oír la voz del pistolero, dio unos pasos hacia la puerta. Se detuvo al ver que Max retrocedía despacio, y al encontrarse también con la amenazadora pistola cubriéndole con su mortífero ojo.

—Debí suponer que Joe te pondría ahí fuera —rezongó Max, con los ojos brillantes como brasas—. ¿Dónde está él?

—En su habitación, supongo.

—Mientes. Spivack.

El *gangster* dio unos pasos y penetró en la habitación, obligando a Max a retroceder más.

—Mire, Max —dijo—, no me obligue a hacerle daño. Tengo órdenes estrictas respecto a usted y su amigo. No me obliguen a ponerlas en práctica.

Por el rabillo del ojo, Max vio a Gus tenso como un cable, pronto a saltar. Sólo la pistola lo mantenía quieto.

—Dime dónde está Joe, Spivack —insistió Max con voz letal, helada—. Necesito saberlo para poder dormir tranquilo.

—Bueno, usted sabe... Joe opina que después de los negocios lo mejor es el placer.

—Comprendo; Nancy, ¿verdad?

—Seguro —rio el gorila—. Pero no tiene necesidad de preocuparse por ella. Joe la ha llamado y la chica ha acudido sin protestar. Es bastante mayorcita para que sepa lo que se hace.

—Ha acudido dices... ¿Adónde?

—A la habitación del patrón, naturalmente.

—Oh, claro...

Todos los músculos de Max dieron un tirón, impulsándole a la acción. De manera, pensó, que Nancy está en la habitación de Joe, y por su propia voluntad. No podía creerlo.

—Está bien, Spivack —refunfuñó—. Vamos a quedarnos tranquilos. Pero en lugar de vigilarnos a nosotros, sería mejor que dices un vistazo al muchacho y a Helen, ¿no crees?

—Ninguno de los dos asomará las narices —aseguró el pistolero, con una sonrisa divertida.

Max creía que no podría soportar aquella tensión. Ansiaba salir de la habitación, y correr hasta la que ocupaba Joe antes de que fuera demasiado tarde.

Spivack soltó un gruñido de asentimiento.

—Okey, Max —dijo—. Pero no intenten nada esta noche, ¿comprendido?

—Esa recomendación debería hacértela yo a ti.

El pistolero retrocedió hacia la puerta. Con un gesto totalmente natural, Max se acercó también y, siempre bajo la amenaza de la pistola, sostuvo la puerta para que el matón pudiera salir.

Y salió. Mejor dicho, intentó salir. Estaba todavía en el umbral cuando Max cerró violentamente, empujando salvajemente la puerta.

Fue una acción tan inesperada que tomó totalmente desprevenido al gorila, de tal manera que la madera le golpeó con tremendo impacto, casi derribándole de espaldas. Trastabilló por el pasillo, y antes que pudiera recobrar el equilibrio, Max saltó sobre él descargándole un tremendo golpe en la sien.

El gigante cayó de rodillas y la automática escapó de entre sus dedos. Max la apartó de un puntapié y el arma se deslizó por el suelo hasta los pies de Gus, que contemplaba la escena dispuesto a intervenir si las cosas se ponían feas para su compañero. Agachándose, recogió el arma y se la guardó en un bolsillo.

En aquel instante Paul Spivack luchaba por incorporarse. No lo consiguió. Los dos puños de Max, enlazados, descendieron sobre su nuca como una maza, derribándole de bruces y haciendo que su cara se estrellase contra el suelo con sordo impacto.

—Tuyo, Gus —jadeó Max—. Cuídalo bien para que no estorbe.

Gus asintió. Agarrando al gigante por los cabellos, lo arrastró sin consideración alguna al interior de la habitación, donde lo dejó tirado mientras él se instalaba en una butaca para aguardar a que el pistolero recobrara el conocimiento. Sacó la automática y la mantuvo sobre las rodillas. Encendió un cigarrillo y suspiró.

Desde la puerta, Max contempló un instante al inconsciente pistolero. Hizo una mueca y durante unos segundos él y Gus se

miraron fijamente en silencio. Al fin, con una sonrisa, cerró y Gus exhaló el humo con una especie de silbido. Entre dientes sólo gruñó:

—Ya lo creo que te ha echado el anzuelo, idiota...

Se encogió de hombros. El pensamiento de que tenía su parte del millón asegurada disipó su mal humor y también acabó sonriéndose a sí mismo. Decididamente, Monte Bay estaba al alcance de su mano.

CAPÍTULO XI

Max se detuvo y escuchó a través de la puerta. Oyó el monótono sonido de la voz de Joe Skarn, aunque no logró entender sus palabras.

Apretó los dientes y sacó el «38». Con la mano izquierda probó el tirador con infinito cuidado. Deseaba sorprender al *gangster* sin darle tiempo a resistirse para evitarle riesgos a la muchacha.

El tirador giró suavemente hasta el tope. Entonces empujó la puerta, abriéndola de par en par y penetrando de un salto en la habitación.

—No hagas tonterías, Joe —advirtió con forzada calma.

El rufián estaba en un ángulo del dormitorio, al otro lado del lecho, donde tenía acorralada a Nancy. Al oír la advertencia giró como una centella, para inmovilizarse al ver el revólver y la torva expresión del semblante de Max.

Nancy, pálida, con los ojos desorbitados de terror, no aceptó a moverse. El miedo y la repugnancia la habían paralizado.

—¿Por qué te metes en esto, Max? —farfulló el pistolero.

—Apártate de la chica.

—No seas idiota. ¿Vas a arriesgarlo todo por una mocosa?

—¡Apártate de ella!

El autoritario tono de su voz convenció a Skarn de que estaba sobre un volcán. Despacio, separóse de Nancy sin perder de vista a su contrincante.

Cuando llegó a los pies de la cama se detuvo.

—Si hubiese sabido que la querías para ti, Max...

—¡Cállate!

—¿O te sientes caballero de la Tabla Redonda?

Empezó a reír de aquella manera escalofriante. Luego preguntó:

—¿Dónde está Paul?

—No te preocupes por él ahora. Tú eres quien está en una posición delicada, bastardo. Siento grandes deseos de darle gusto al dedo y clavarte contra la pared...

—No dramáticos. Total, sólo se trata de una chica, ¿no? Bueno, quédatela y asunto concluido. No me importa.

—No te importa, y has colocado a tu perro guardián ante la puerta de nuestra habitación con órdenes estrictas... Nancy, sal de

ahí, pero no te pongas entre ese puerco y yo...

La muchacha obedeció como una autómatas, sin pronunciar palabra, sólo con una mirada de terrible intensidad. Fue a colocarse a un lado de la puerta, detrás de Max. Este todavía dijo, disponiéndose a salir:

—Y ahora, Joe, yo daré las órdenes aquí, ¿conforme?

—Debo estarlo, mientras tengas la artillería de tu parte.

—Perfecto. No saldrás de esta habitación hasta que te autorice. ¿Está claro? Hemos hecho un negocio y el asunto ha concluido, pero tú te has empeñado en crear dificultades y suspicacias. Ahora jugaremos todos a ese mismo juego. Te volaré la cabeza si te veo fuera de estas cuatro paredes. ¿Entendido?

Los ojos muertos del pistolero centellearon un instante.

—¿Esperas largarte con todo?

—Con todo el dinero... Tú y tu mastín os marcharéis primero... cuando yo lo disponga. Ya ves si estoy seguro de mí mismo, hijo de perra, que ni siquiera voy a cerrarte la puerta con llave. Quiero darte facilidades para que vengas en busca de una bala.

—No seré yo quien te facilite las cosas. Si quieres largarte con el lote de brillantes y el dinero tendrás que matarme a sangre fría.

—Esa es especialidad tuya, no mía. Vamos, Nancy, sal de aquí.

Esperó a que ella estuviera en el pasillo para iniciar él la retirada, sin dejar de apuntar a su enemigo. Antes de cerrar la puerta todavía comentó:

—¿Sabes, Joe? Me pregunto cuánto tiempo pasará antes que alguien acabe contigo de una maldita vez. Si hay alguien que merece ser asesinado no cabe duda que eres tú.

No obtuvo respuesta, de manera que cerró suavemente y empujó a Nancy pasillo adelante.

—Creo que necesitamos un trago, muchacha —dijo con fingida alegría—. Vamos al bar y te permitiré invitarme. ¿Te sientes mejor?

—Ahora sí.

No volvieron a cruzar palabra hasta encontrarse en el solitario salón del bar. Mientras ella sacaba una botella y unos trozos de hielo, él dijo:

—¿Por qué has ido a su habitación, pequeña?

El sobresalto la hizo vacilar. Estuvo a punto de dejar caer los vasos, pero no replicó.

Max tomó el suyo y bebió despacio, mirándola. Casi un minuto después insistió:

—Dime, ¿por qué acudiste a su llamada, Nancy?

—Me obligó.

—No podía obligarte. Por lo menos, no sin que armase un escándalo.

—No me lo pregunte... Es algo espantoso..., no puede hablarle de ello.

—Sí, puedes. Te ayudaré si confías en mí.

Ella sacudió la cabeza con desesperación.

—No puede usted hacer nada por mí... En realidad, nadie puede ayudarme. Me ha sacado usted de las garras de ese..., ese repugnante individuo. Pero temo que ahora va a ser peor.

—No te comprendo, pequeña. ¿Para quién será peor, para ti?

Ella asintió.

—Bien —refunfuñó Max—. Cuéntame.

—No... Por favor, no me obligue a decírselo.

—¿Tal vez Joe tiene algún ascendiente sobre ti, Nancy?

—En cierta forma sí...

—¿Y no puedes confiar en mí?

—No..., por favor...

—¿Ni siquiera después de decirte que te quiero, pequeña?

Esta vez, el vaso se deslizó de los dedos de la muchacha para hacerse añicos detrás del mostrador.

—Max...

—Es cierto, Nancy. No sé cómo ha sucedido, después de todos estos años de rehuir por completo las ataduras sentimentales con ninguna mujer. Pero estoy seguro de mis sentimientos; te quiero, y sólo deseo que te sientas feliz y segura...

—Max... —le interrumpió—. Por favor, no siga...

El engulló el resto del whisky, un tanto desconcertado por la actitud de la muchacha. Pero no se dio por vencido todavía.

—Naturalmente, no voy a exigirte que me quieras sin más ni más, ni que me des una respuesta inmediata. Puedo esperar...

—No, Max...

—¿Por qué no? Oh, ya veo..., Bill, ¿no es cierto?

Ella negó con un gesto.

—Entonces...

—Se trata de papá. No puedo abandonarlo, ¿comprende?

—Nadie ha hablado de abandonarlo...

—¡Max!

El respingó ante la tensión de aquella voz.

—¿Qué pasa, pequeña?

—¿No ha oído?

—¿Qué?

—Me ha parecido escuchar un rumor ahí, en el pasillo...

—No he oído nada, pero iré a ver si eso ha de tranquilizarte.

Con el revólver en la mano, se acercó a la puerta y escuchó las sombras del pasillo. Hizo una mueca al regresar al mostrador.

—Desierto —anunció—. Falsa alarma, Nancy.

Ella suspiró, súbitamente aliviada.

—Dígame, ¿le ha sucedido algo a Bill?

—No. Sólo está encerrado en una habitación. ¿Le amas a él acaso?

—No... Es un excelente amigo y le tengo afecto... Pero no le amo.

—Bueno, siendo así no habrá obstáculos. Hablaremos de eso cuando hayamos despejado el hotel de esa carroña. Entonces no estarás tan nerviosa.

Nancy pensó que cuando Skarn y su pistolero se marchasen de allí, su padre estaría sentenciado. Lo detendrían... y moriría sin duda.

—Nada cambiará, Max —murmuró con voz rota—. Todo será peor...

—¿Por qué, qué tiene Joe contra ti?

—No puedo decírselo..., es demasiado terrible...

—¡Maldita sea! —se impacientó él—. No podré ayudarte si no confías en mí. Necesito saber qué clase de presión ejerce ese bastardo sobre ti para neutralizarla.

Rodeó el mostrador y pasó al otro lado para servirse él mismo un nuevo whisky. Con él en la mano se volvió hacia la muchacha y la miró al fondo de aquellos grandes y maravillosos ojos.

—Nancy...

—No, Max..., no insista. Hubiera podido ser algo muy hermoso, pero el destino se ha interpuesto entre los dos.

Max dejó el vaso, la sujetó por los codos y la atrajo sobre su pecho. Sintió temblar aquel cuerpo suave y duro a un tiempo. La vio con los ojos brillando de lágrimas, con los labios húmedos y entreabiertos, unos labios que temblaban a impulsos de sus emociones, y más que nunca deseó estrecharla entre sus brazos para infundirle valor, y para acariciarla transmitiéndole el amor que él sentía...

Y entonces, sin que su voluntad interviniera de manera; consciente, la abrazó encerrándola entre el cerco de sus brazos. Y sus labios encontraron los rojos de ella y los apretaron dejando que el beso se eternizase, con su raudal de vida, con la pasión que poco a poco se comunicaba a ella. Y aquella boca que temblaba le devolvió con creces la inacabable caricia, mientras en sus manos notaba cómo el temblor desaparecía dejando paso a una dulce laxitud.

Fue en aquel instante supremo cuando una voz burlona y helada comentó:

—Muy bien, Max. Pero has arriesgado demasiado por un solo beso de esa pájara..., porque no vas a recibir ninguno más.

Durante unos segundos permanecieron todavía abrazados. Luego, la soltó y, girando sobre sus talones, se colocó de manera que la cubría por completo con su poderoso cuerpo.

Sintió un escalofrío. Joe Skarn estaba en la puerta, escoltado por su gigantesco gorila. Gus, con la boca tapada por una manaza del pistolero, estaba pálido y desmadejado, como si no pudiera sostenerse sobre sus piernas.

Skarn empezó a reír silenciosamente.

—Bueno —dijo—, tú me has obligado a adelantar los acontecimientos... Puedes soltar a ese estúpido, Paul.

El guardaespaldas dejó de sostener a Gus y éste cayó de rodillas. Necesitó apoyarse en las manos para no dar de cara contra el suelo. Levantando la cabeza murmuró:

—Lo siento, Max..., me ha sorprendido; yo...

—Olvidalo. Ya le ajustaremos las cuentas a ese hijo de perra.

—No podrás hacerlo, Max —cacareó el *gangster*—, porque cuando salgamos de aquí estarás muerto.

Supo que Joe hablaba en serio sólo con ver la sádica expresión de su cara. Aquel hombre gozaría matándole...

Pensó en Nancy y sintió una angustia mortal.

CAPÍTULO XII

Joe Skarn, enarbolando el revólver de Gus, ordenó sin volver la cabeza:

—Trae al pintamonas, Paul. Vamos a tener que adelantar las cosas ahora.

El gorila abandonó la estancia sin replicar, empuñando su gran automática.

Tras su salida reinó un silencio, mientras los muertos ojos del pistolero recorrían el pequeño grupo con viva fruición. Finalmente, se detuvieron sobre Max con extraña fijeza.

—Tú has hecho que todo sea más difícil ahora, compañero —dijo con voz inexpresiva—. Yo lo había planeado de manera que todo fuera limpio y discreto, sin alboroto. Pero las cosas no salen nunca como uno quiere. Y todo por una mujer... ¡Qué estúpido! ¿De veras te has enamorado de ella?

Rio. Fue una risa sin tono, neutra y burlona.

Max apretó los dientes y no replicó. Estaba furioso, pero no lo suficiente para arriesgarse a un ataque suicida, entre otras razones porque si él caía, Nancy quedaría a merced de aquel desalmado sádico.

En el suelo, Gus logró recobrarle lo suficiente para arrastrarse hasta una silla, a la que se sentó no sin esfuerzo, siempre vigilado por el implacable Joe Skarn.

Al fin, Max logró controlar su voz y preguntó:

—¿Piensas liquidarnos a todos acaso, Joe?

—¿Por qué no? Es una solución endiabladamente buena. Me llevo los brillantes y el millón como propina. Una jugada excelente.

—Por la cual estás dispuesto a hacer una carnicería.

—Mucha gente ha muerto por menos de un millón, ¿eh? Sólo que si no hubiera sido por tu estupidez, sólo habrían muerto dos..., Gus y tú, compañero.

—De manera que tenías planeado matarnos desde un principio...

—Naturalmente. ¿Por qué demonios crees que elegí este lugar?

—Dímelo —gruñó Max, deseando distraerlo.

—Hay un pantano cerca del lago. Allí, un coche puede hundirse en pocos minutos y desaparecer definitivamente entre el barro... con toda su carga. Jamás volverá a aparecer.

—Entiendo. Gus y yo íbamos a viajar en ese coche...

—Seguro. Y viajaréis en él. pero acompañados. Ahora no puedo dejar testigos cuando me vaya.

Max dirigió una mirada fugaz a la aterrada Nancy. Esta, sintiéndose desfallecer, alargó la mano y buscó la del hombre como pidiéndole protección.

En aquel momento, Bill entró empujado por Spivack, quien seguía empuñando su mortífera pistola.

Joe Skarn contempló un instante al muchacho. Sacudió la cabeza.

—Nunca me fue simpático el pintamonas —comentó sin dirigirse a nadie en particular—. Será una lamentable pérdida para el arte, ¿no crees, Paul?

El gorila respondió con un gruñido ininteligible. Bill miró a los demás con el desconcierto retratado en su semblante.

—No puedes salir bien librado de esto, Joe —masculló Max, con los nervios a punto de estallar—. Tendrías que matamos a todos, y esto, incluso para una bestia como tú, es demasiado.

—No cuando hay un millón como premio. Más los pedruscos que me abrirán todas las puertas en Europa. Tú, colócate junto a la barra.

Bill obedeció y fue a sentarse en uno de los taburetes. Desde allí masculló, dirigiéndose a Max:

—¿Debo entender que ese aborto del infierno piensa matarnos?

—Eso me temo...

—¿Y Nancy?

Esta vez Max no respondió, limitándose a presionar la mano de la muchacha en un vano intento de infundirle ánimos.

Nervioso, Bill preguntó nuevamente:

—¿Y Helen?

Gus, desde su silla, coreó:

—Esa es una buena pregunta, muchacho. ¿Qué piensas hacer con Helen, Joe?

El asesino se rascó el cogote.

—No deja de ser una complicación... Yo no había planeado las cosas con tanto jaleo...

—Además —añadió Gus—, está el viejo, el dueño del parador... Demasiada sangre.

Skarn hizo un gesto de impaciencia. Estaban acumulándole demasiadas dificultades.

—En principio todo resultaba sencillo —masculló—. El viejo no era ningún problema..., incluso hubiera podido obligarle a ayudarme. En realidad, esa fue una de las razones, además del pantano, por las que decidí reunirnos aquí...

Un tanto desconcertado, Max miró fugazmente a Nancy.

—¿Cómo pensabas obligarle? —indagó.

Sin hacerle caso, Skarn dijo entre dientes:

—Trae a Helen, Paul. Vamos a celebrar una reunión plenaria.

—¿Y el viejo?

—Está paralítico. No puede andar, así que no es preciso molestarle con él. Lo arreglaremos después.

Paul salió. Nancy comenzó a gemir débilmente. Max la atrajo hacia sí, rodeándole la cintura con el brazo. La muchacha se acurrucó junto a él instintivamente.

Fue Bill quien de nuevo dejó oír su voz insegura.

—Esto es una locura —dijo— ¡una monstruosidad inconcebible. ¿Cómo demonios cree que puede salir bien librado de este embrollo, hijo de perra?

—Cállate o serás el primero en recibir un plomo donde más te duela. Tú. Max, apártate de la chica.

El aludido sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No. Joe...

—¡Apártate de ella!

Max empujó suavemente a Nancy, colocándola otra vez detrás suyo.

—Estás echándolo todo a perder —masculló—. Vas a obligarme a luchar, Joe.

El *gangster* se echó a reír.

—¿Cómo piensas hacerlo, estúpido? Espera que Paul traiga a la muchacha y verás las oportunidades de lucha que voy a darte...

Desesperado, Max pensó que sólo podía esperar una oportunidad de salvar a Nancy si Skarn se distraía, si relajaba su vigilante atención. Y sólo había una manera de lograrlo, y era dándole otras cosas en que pensar, dejándole que se refocilara por anticipado con su triunfo...

—Está bien —dijo—, tú ganas. Lo tenías todo prevenido, calculado... Muy bien, ¿cómo habías pensado hacerlo, lumbrera?

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

—Por lo menos, me gustaría saber cómo piensas desembarazarte de todos nosotros sin que toda la policía del país se lance en tu busca.

—En realidad, ya me están buscando. ¿Por qué crees si no que voy a largarme fuera del país?

—Eso no aclara la manera cómo vas a librarte de nosotros...

Gus captó la intención de su amigo y decidió intervenir.

—Debe tratarse de un plan endiabladamente bueno, Joe, para que pueda salirte bien.

—¡Naturalmente que es bueno! —exclamó el pistolero,

hinchándose de orgullo—. Incluso después de las modificaciones sigue siéndolo...

Spivack entró custodiando a Helen. No le había permitido vestirse y sólo llevaba una tenue *negligée* azul que revoloteaba a su alrededor como un soplo de aire. A través de la leve prenda se transparentaban los tonos rosados de su piel suave.

—Colócate con el resto del rebaño, preciosa —ordenó Joe—. No me han dejado más alternativa que liquidarte, ¿entiendes?

—¡Joe! ¿Estás loco?

—¡Claro que está loco! —estalló Bill—. Un sucio loco homicida, eso es lo que está demostrándonos.

Instintivamente, Helen se acercó al muchacho y se quedó de pie junto a él. Casi sin que su voluntad interviniera en su acción, Bill le rodeó los hombros con su brazo. Sintió en sus dedos el cálido contacto de la piel y apretó su presa apenas sin darse cuenta.

Max, con la urgente necesidad de mantener ocupada la torcida mente del criminal, volvió a la carga.

—Bueno, Joe; dinos cómo pensabas librarte de Gus y de mí.

—Tienes ideas fijas, ¿eh? De todas formas vas a morir, con que no veo qué puede interesarte lo que ocurra después. Tú, Paul, ya sabes lo que tienes que hacer.

El gigante asintió con un gesto y se colocó en un ángulo desde el que podía cubrir a todos los reunidos. Entonces. Skarn explicó:

—Vas a saberlo, Max. Es lo último que oirás, porque cuando termine te mataré, ¿satisfecho?

Se encogió de hombros, como si las palabras de Joe no estuvieran dirigidas a él. Pero en su mano sintió la de Nancy, temblorosa, acuciante.

Joe, gozando por anticipado, dijo:

—Yo conocía al padre de esa chica..., John Silk; o Mort Durance, como se hacía llamar cuando se dedicaba a desvalijar joyerías. Sabía que era un fugitivo evadido del penal, de manera que amenazándolo con una delación haría cuanto yo quisiera, ¿lo entiendes ahora, estúpido?

Temeroso de que se interrumpiera, Max permaneció mudo y Joe prosiguió:

—El plan inicial no podía ser más sencillo. Esta noche, tú y Gus hubierais muerto sin alboroto, silenciosamente. Paul es especialista en esa clase de trabajos. Bueno, una vez liquidados, sólo quedaba por hacer el truco final: colocar los dos fiambres en tu propio coche, conducir éste hasta el pantano y hundirlo allí. Luego, todo el mundo hubiese creído la versión de que, terminado el negocio, habíais emprendido el viaje de regreso a la ciudad. Y si salía cualquier complicación, el viejo Silk hubiera declarado lo que yo ordenase. Ya

ves si era sencillo en principio.

—¿Y todo eso para qué, maldita sea tu estampa? —gritó Gus, enderezándose en la silla—. Tenías los diamantes. ¿Qué te costaba respetar el trato?

—Un millón —dijo Skarn fríamente—. Esta es la diferencia. Quedarme con dos millones o con tres. Es una suma tentadora, ¿eh, Gus? Sólo que hasta los planes mejor trazados pueden complicarse. Primero, ese tonto pintamonas; luego, el hecho de que Silk tenga una hija tan apetecible..., y por si todo eso no fuera suficiente, tú, maldito estúpido, has tenido que enamorarte de ella...

Max apretó los labios. Sabía ya que no le cabía la esperanza de sorprender a Joe en un descuido, porque aunque éste lo tuviera, quedaba Spivack con su tremenda automática que no se distraía por nada. Cualquiera de los dos tendría tiempo de matarlo al menor movimiento agresivo y eso desencadenaría el asesinato de todos los demás.

Sin embargo, el contacto de la mano de Nancy era como un estímulo continuo a intentarlo, a jugarse la vida con todas las probabilidades de perderla.

Pero valía más morir luchando que dejarse matar como un perro.

Antes que pudiera decidirse a obrar, la voz nefasta de Skarn concluyó su perorata con un comentario burlón:

—Afortunadamente, todo se reduce a cargar un poco más tu coche, Max... Si uno lo piensa con calma, incluso es una ventaja. Se hundirá más rápidamente. ¿Empezamos por ti, romántico aventurero?

De su bolsillo extrajo un revólver, el mismo que perteneciera a Gus. La negra boca del arma se dirigió hacia Max con implacable fijeza.

El joven notó el estremecimiento de Nancy a su espalda. Murmuró:

—¡Échate al suelo, querida!

—¡Max..., oh, Max, no permitas que te mate...!

—¡Al suelo...!

Skarn dijo:

—Tú primero, tipo listo...

El revólver se inmovilizó.

Sonó un tremendo estampido, tan potente como si fuera un cañonazo entre las paredes.

Alguien comenzó a chillar.

CAPÍTULO XIII

Helen se abrazó a Bill chillando histéricamente. Al otro lado del mostrador, los brazos de Nancy se ciñeron desesperadamente al cuerpo de Max, mientras el eco del disparo vibraba en los cristales.

Y entonces todo sucedió con la rapidez del relámpago, trastocando los acontecimientos, sumiéndolos a todos en un paroxismo de incomprensión e incertidumbre.

Skarn comenzó a doblarse dando traspiés. El revólver escapó de sus dedos y rebotó en el suelo poco antes que lo hiciera el pistolero, donde quedó inmóvil. Como una ironía del destino, el envoltorio de los diamantes, que llevaba en el bolsillo de la americana, se abrió con el golpe y algunas de las piedras rodaron a su alrededor despidiendo brillantes reflejos.

Un rugido escapó de la garganta de Spivack. Con los ojos desorbitados como los de un loco, buscó a su alrededor al matador de su jefe. Vio a todos los presentes en rígidas actitudes, desarmados y tan estupefactos como él mismo.

—¿Quién...?

No terminó de hablar. Una voz ordenó desde el pasillo:

—¡Suelta la pistola, gorila, o te abraso!

No la soltó. Rugiendo como una bestia herida, se revolvió violentamente disparando al mismo tiempo. El horrísono estampido de la automática amenazó con echar el techo abajo.

Alguien respondió a su fuego y el estruendo ahogó hasta los pensamientos. Paul saltó a un lado, echando a correr agazapado. Se tiró contra una puerta cerrada y casi la arrancó de sus goznes con el impacto, desapareciendo.

Saliendo de su estupor, Max abandonó a Nancy para saltar por encima del mostrador. Consiguió apoderarse del revólver qué estaba en el suelo antes que la voz de antes ordenase:

—Deje esa arma... ¡Suéltela le digo!

Una figura tambaleante apareció en el umbral. Todavía agachado, Max, reconoció al padre de Nancy, mientras ésta gritaba histéricamente.

Se levantó. Vio al anciano sosteniendo un revólver del «45», apuntándolo implacable. Con voz alterada dijo:

—No haga tonterías. Silk... Hay que cazar a Spivack antes que

haga más daño.

—Creo que tiene razón...

Se apoyó en la puerta. Parecía a punto de caer.

Nancy corrió hacia él. sollozando, barbotando palabras incomprensibles, y viendo ante sí a un desconocido de ojos refulgentes.

—¡Papá! —gimió.

—Lo siento, hija..., debí suponer que algún día lo sabrías..., estas cosas no se pueden ocultar eternamente.

—Habrá tiempo de discutir eso... —intervino Max, impaciente —. Ahora debemos cazar a Spivack. ¿Gus...?

—No deseo otra cosa. Él es quien me ha golpeado en la habitación.

—Okey. ¿Le importa darnos su revólver, Silk?

—No, tenga...

Gus empuñó el enorme artefacto con una mueca de asombro. Bill dejó de sostener a Helen y se acercó a ellos, todavía aturdido.

—Dígame qué puedo hacer yo. Quiero cobrarme el mal rato que me han hecho pasar esos bastardos.

—Cuide de las chicas... Spivack puede volver aquí. Atícele con un taburete si asoma por esa puerta.

Se lanzaron en persecución del gigante, siguiendo el mismo camino que Paul siguiera al escapar. Gus gruñó:

—Tal vez se haya dirigido a los coches...

—Ahora lo veremos.

Fuera, el suelo estaba encharcado por la reciente lluvia. Corrieron sin fijarse donde ponían los pies hasta llegar adonde estaban los dos autos. No pudieron ver ni rastro del pistolero.

—Es mejor adoptar precauciones —decidió Max.

Levantando el capó del motor de ambos vehículos, sacó la tapa del distribuidor. Después se guardó las piezas en el bolsillo.

—Ahora no podrá ponerlos en marcha si trata de huir en ellos. Volvamos a la casa.

—¿Dónde demonio crees que puede estar?

—Regístrala... Pero, sea donde sea, estará agazapado, a punto de freímos a tiros tan pronto asomemos las narices. No comprendo cómo su primer intento no ha sido apoderarse de un coche.

—Nunca sabes lo que puede hacer un tipo semisalvaje como Paul.

El oscuro vestíbulo les detuvo. Escrutaron las sombras, escuchando con todos los sentidos alerta. No pudieron oír nada en absoluto.

Fue entonces cuando Gus exclamó:

—¡Condenación! Te apuesto que ha querido llevarse el equipaje

antes de escapar...

—¿De qué hablas?

—¡El dinero!

—¡Maldita sea, qué idiotas hemos sido!

Se lanzaron escaleras arriba. Pudieron llegar hasta el rellano sin que sucediera nada, pero en cuanto asomaron la cabeza un arma tronó y un proyectil zumbó de manera terrible muy cerca de la oreja de Gus.

Esperaron unos segundos. Estaban clavados allí, sin poder asomar la nariz más arriba de los peldaños, mientras el pistolero quizá estuviera escapando con el millón...

—Dispara un par de veces sin sacar la cabeza, Gus —susurró Max—. Deberá responder al fuego. Si no lo hace saltaré. Listo.

El gran revólver rugió en el estrecho pasillo. En plena vibración del estampido, Max saltó y corrió hacia adelante pegado a la pared.

Consiguió llegar a su habitación sin que ocurriera nada.

Abrió la puerta de un puntapié y lanzóse al interior con el furor cegándole todo raciocinio. Sólo ansiaba tener al gorila delante de la mira de su revólver.

Pero Spivack no estaba allí.

Tampoco estaban las dos carteras de mano, según pudo ver al primer vistazo. Las puertas del armario estaban abiertas de par en par.

Gus entró, quedándose clavado al darse cuenta del desastre.

—¡Se lo ha llevado! —rugió—. Ese sucio mono...

—¡Tenemos que cazarlo, Gus!

—Pues no me dices nada nuevo —exclamó, echando a correr.

Max salió tras él. En menos de un minuto comprobaron que las otras habitaciones estaban vacías. Fue Gus quien advirtió la existencia de una estrecha escalera que se hundía en la oscuridad, al final del pasillo.

—Por aquí ha escapado.

—Quizá se haya dirigido a los coches. ¡Vamos!

Recorrieron el camino a la inversa hasta llegar a la salida exterior. Gus saltó afuera y cayó sobre un charco, salpicándose de arriba abajo. Estaba maldiciendo su mala suerte cuando la automática de Spivack entró en acción desde la oscuridad, con su ronco estampido.

—¡Al suelo, Gus! —gritó Max, pegándose a la pared.

—¡Y un demonio, hay agua por todas partes!

Enfurecido, Gus comenzó a correr y a disparar al mismo tiempo, ciegamente, sin reflexionar, sin darse cuenta del riesgo. Las balas brotaron del gran revólver una tras otra en dirección adonde había visto el foganazo de Spivack.

Detrás de él, Max gritó desesperadamente para hacerle entrar en razón. Al advertir que no conseguía nada se lanzó en pos de su amigo, temiendo que Spivack aprovecharse aquel instante para matarlo.

Repentinamente, el revólver de Gus chasqueó al golpear el percutor un cartucho vacío. Dejó escapar un juramento y el hecho de que el revólver hubiera fallado le devolvió la cordura, deteniéndose sobre el mojado césped bajo el impacto de la ira y el desconcierto.

Entonces apareció Spivack. Sostenía las dos carteras en la mano izquierda. Con la derecha levantaba la automática a menos de tres metros del indefenso Gus.

Max advirtió la situación. Descubrió también que tendría que disparar temerariamente cerca de su compañero para detener el balazo del gigante y lo hizo sin pararse a reflexionar.

Gus oyó el tremendo zumbido del proyectil tan cerca de su cabeza que las rodillas le flaquearon. Pero vio a Spivack saltar hacia atrás, con la pequeña cabeza bamboleándose. Luego, se desplomó y todo quedó en silencio.

—De buena me has librado, muchacho —suspiró entre dientes.

—No creí que salieras vivo, maldito tonto.

—He perdido el control, eso es todo. La idea de que nos quedábamos sin un centavo me ha sacado de quicio, tú sabes.

—Bueno, recoge el dinero y la pistola. Vamos a ver cómo están los demás.

—Estoy pensando que sería mejor largamos cuanto antes, Max. La policía deberá intervenir en esto y nos veremos en un aprieto.

—Hay tiempo. Recuerda que el teléfono está cortado. No podrán llamarla si no es desplazándose a Fairdale.

Encontraron a John Silk tendido en una butaca, con Nancy arrodillada a su lado, llorando y medio abrazada a su padre. Bill y Helen la contemplaban en silencio, muy juntos.

—Ya no hay peligro —anunció Gus—. El gorila ha mordido el polvo..., ¿qué le pasa al viejo?

Bill murmuró:

—Una bala de Spivack le ha dado en el estómago...

—¡Dios santo!,

Max se arrodilló al lado de Nancy. Esta levantó los inundados ojos hacia él como suplicándole una ayuda que no podía prestarle.

El anciano murmuró:

—Llévesela de aquí... Hágala que olvide mi recuerdo...

—¡Papá!

—Calla, hijita...

—Usted también debe estarse callado. Gus saldrá en uno de los

coches en busca de un médico. En menos de una hora estarán aquí de regreso.

—En menos de una hora habré muerto..., y quiero hablarle..., y también a Nancy...

—No te canses, papá. Deja que vayan a buscar al doctor.

Max entregó las tapas de los distribuidores de ambos coches a Gus. Pero antes que éste saliera el anciano repitió:

—Es inútil, sé que no duraré una hora..., esa herida... Dios, cómo duele...

Indeciso, Gus aguardó, fascinado por el espectáculo.

Bill atrajo más hacia sí a Helen y ésta le recompensó con una intensa mirada. Con voz apenas audible, la muchacha susurró:

—¿Crees que me gustaría tu casa, Bill?

—Estoy seguro.

La voz del viejo les impuso silencio cuando habló:

—Usted..., usted ha dicho que la quiere, Newman. He escuchado casi todo, escondido... No quería que me viera Skarn...

—Pero usted estaba paralítico, Silk —exclamó Max.

—Comedia. Años fingiendo. No quería ir a Fairdale ni a ningún lugar donde pudiera ser reconocido. Necesitaba un pretexto para quedarme siempre aquí... Si alguien me veía y recordaba... Nancy pagaría unas culpas en las que no tenía parte.

—Papá..., cuánto has debido sufrir...

—No, hijita..., era feliz porque estabas tú junto a mí. No importa lo que te dijera a veces..., tú eras mi razón de vivir. Nunca supuse que un hombre como Skarn viniera aquí, pero él debía saber mi paradero desde mucho antes. No fui bueno, ¿sabes, pequeña? Y me vi obligado a mandarte a un internado cuando las cosas se pusieron feas para mí.

—Fue entonces cuando estuvo usted en la cárcel, ¿no es cierto, Silk? —preguntó Max suavemente.

—Sí..., y me escapé de ella a la primera oportunidad, sólo porque no podía soportar la separación de Nancy. Ella era mi luz..., todo lo que la vida representaba... para mí..., y no supe apreciarlo hasta que ya fue demasiado tarde.

—No te canses, papá —sollozó la muchacha.

—No me canso... Ahora..., ahora la vida te sonreirá. Conozco a los hombres como usted, Newman..., duros y violentos, pero capaces de amar y de odiar hasta la muerte..., sé que cuidará a Nancy mucho mejor que yo.

—No diga tonterías...

—Cállese, muchacho...

Se estremeció a impulsos del dolor. La gruesa bala de la automática debía estar ardiéndole en las entrañas. Su cansado

corazón no tardaría mucho en fallar.

Con un tremendo esfuerzo, miró a su hija y los ojos se le iluminaron.

—Te vi registrar el despacho, pequeña... Me asusté cuando encontraste el revólver... y la vieja cartera..., no debí guardarla. Pero el revólver me ha servido, ¿sabes? Skarn ya no hará daño a nadie...

Nancy movió los labios, pero ningún sonido brotó de ellos. Sólo las lágrimas resbalaban por sus mejillas a raudales, como un torrente incontenible. De manera instintiva, había buscado refugio entre los brazos de Max y éste la sostuvo amorosamente.

El anciano les miró y trató de sonreír entre la mueca de dolor que crispaba sus facciones. Después, con un largo escalofrío, quedó inmóvil y sus ojos perdieron toda expresión, fijos en la pareja, hasta que el largo silencio advirtió a Nancy del trágico desenlace.

Su padre había muerto.

Entonces estalló en sollozos y ocultó la cara en el poderoso hombro de Max, sólo consolada por la presión de los brazos de éste en torno a su estremecido cuerpo.

Inquieto, Gus retrocedió, murmurando:

—Estaré en la habitación, muchacho. Llámame si puedo hacer algo.

Max asintió.

Detrás de él, Bill carraspeó.

—Creo que deberíamos avisar a la policía, Max —dijo.

—Sí... Habrá que dar muchas explicaciones...

—Por mi parte, ninguna. Skarn organizó la ensalada de tiros. No sé una palabra de nada más.

Sonrió. Helen se apretujó contra el pintor. Con voz suave murmuró:

—Sería preferible que los policías no nos encontrasen aquí. En realidad, no tienen necesidad de saber que tú y yo hemos sido testigos de la batalla. ¿Qué le parece, Newman?

—Conforme. Nosotros podremos manejar esto perfectamente.

La pareja se despidió de Nancy. Instantes después habían desaparecido.

La muchacha dijo, con la voz rota por los sollozos:

—No fue un hombre malo, ¿verdad, Max?

—Nadie es malo ni bueno del todo, querida. Tu padre tomó una senda torcida, pero hubiera podido rectificar a tiempo su camino si le hubiesen dado una oportunidad. Yo haré que su recuerdo no te torture mucho tiempo.

Ella le miró. Lo que vio en aquellos ojos del color del acero debió decirle con claridad lo que ansiaba saber, porque la angustia

que enturbiaba su expresión desapareció, dejando paso a una mirada serena que delataba su determinación de devolverle a Max, con el tiempo, todo el amor que él ansiaba darle.

En el suelo, a poca distancia, el cadáver de Skarn parecía escoltado por el brillo mortal de los diamantes que, a fin de cuentas, habían sido la causa de toda la violencia desencadenada.

Pero, para los dos jóvenes, ya no habría más violencia.
Sólo amor.

FIN



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza
e intensidad
distintas, treinta
y cinco estrellas
brillan en
el firmamento
político de la
gran nación
americana. Cada
una de ellas
corresponde a
uno de sus pre-
sidentes.

by
colección

MARABU ZAS 

La revista de la canción

6 pesetas todas las semanas



es fans..tástica



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un VETERANO SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*